

SUSCRICION
EN
PROVINCIA.
EN MES. . . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 18.

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.
EN MES. . . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

AVISO IMPORTANTE.

Se recuerda á los señores suscritores á LA SEMANA que el 3 de noviembre próximo concluye el plazo para cangear por obras del establecimiento de las marchadas en la lista que se incluyó en el prospecto, los cupones que se les han expedido al tiempo de suscribirse, y que por consiguiente pasada esta fecha, dichos cupones quedan sin valor ni efecto segun en los mismos se espresa.

Igualmente advertimos que el 31 del corriente finaliza tambien el plazo señalado en el prospecto de la ENCICLOPEDIA MODERNA para tener opcion al sorteo de DIEZ MIL REALES que se ha ofrecido, y que dicho plazo no se prorogará ni un solo dia mas, por ningun motivo ni consideracion.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Teatro de palacio.—Revista de teatros.—Ibiza.—Revelacion de los sentimientos y de las cualidades intelectuales por medio de la fisonomia.—Historia contemporánea.—Batalla de Hastings.—La primavera; poesias de José Selgas y Carrasco.—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños Cervantes (continuacion).—Mosaico.—Tipos de Madrid.—Ejemérides españolas del siglo XIX.—Logogrifo; solucion del inserto en el número anterior.

Este número lleva veinte y cinco grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. Nada de particular ha ocurrido en la veina república desde nuestra última revista, discurriendo de tranquilidad en todas partes, ocupando tan solo la atencion pública las hondas disidencias que tan por completo tienen dividido al partido legitimista, y que se han hecho mas palpables despues de la última circular de Mr. Larochejaquequin. Esto por una parte, y por otra las diferentes interpretaciones que se dan á las cosas mas pequeñas dan lugar á que la situacion de Francia no aparezca tan bonancible para el porvenir como seria de desear.

La causa del arzobispo Frasoni ha sido fallada por el tribunal de apelacion de Turin dictando la siguiente sentencia:

Visto el recurso interpuesto por el fiscal de S. M. despues de haber maduramente examinado su tenor procediendo el tribunal por via de recurso de fuerza.

Vistos los actos del mes de julio último y los hechos relativos al difunto ministro conde de Santa Rosa.

Ordenamos que monseñor Luis Frasoni, arzobispo de Turin, sea espulsado de los Estados Sardos.

Que los bienes y rentas del arzobispo sean sequestrados.

Y que la sentencia sea inmediatamente notificada.

Tomo II.

da á dicho prelado, y ejecutada por el fiscal de S. M. Dada en Turin el 23 de setiembre de 1830.

El primer presidente, MANNO.

Esta noticia á pesar de su importancia y significacion, no ha producido en el público ninguna sensacion, porque todo el mundo estaba persuadido de que el tribunal procedería con rigor; así es que de los catorce jueces de que se componia la sala, trece han votado por el estrañamiento, que ha tenido ya lugar, encontrándose en Francia el arzobispo, que el domingo 29 de setiembre llegó á Besanzon, y el lunes siguiente se trasladó á Gap, donde fué recibido con grandes consideraciones por el obispo y el clero. En esta ciudad permaneció dos dias, al cabo de los cuales pasó á Lyon, punto en que piensa fijar su residencia para atender desde él á las necesidades espirituales de su diócesis, si el gobierno piomontés no le estorba el ejercicio de su jurisdiccion.

Parece que el ministro de Negocios estrangeros de Cerdeña se habia dirigido al de Francia, pidiéndole que visase el pasaporte de monseñor Frasoni, á lo cual replicó el general de la Mitte, que no queriendo el gobierno de la república asociarse directa ni indirectamente al acto de espulsion del arzobispo, se limitaba á recibirle como un emigrado que buscaba asilo en tierra estraña; pero que si la voluntad espresa y libre de toda coaccion ó temor del arzobispo era la de pasar á Francia, el gobierno de la república tendria á grande honra ofrecer la hospitalidad á un prelado tan eminente y venerable. No habiendo querido prestarse el arzobispo á ningun acto por donde pudiera inferirse que habia dejado voluntariamente su diócesis, el gobierno piomontés le ha hecho conducir hasta la frontera obligándole á salir del reino y por consiguiente á entrar en Francia.

Tambien ha tenido un desenlace lamentable el conflicto en que estaba el gobierno piomontés con el arzobispo de Cagliari. Condenado el prelado por el tribunal á que retractase en el término de 24 horas su escommunion y á ser estrañado del reino y ocupadas sus temporalidades si no lo hacia, y no habiendo ejecutado la primera parte de la sentencia, se apoderaron de su persona los agentes de la autoridad el 23 de setiembre por la noche, y lo trasladaron á bordo del vapor Jenusa, que lo ha conducido á Civita-Vecchia, donde desembarcó.

Estos sucesos ocurridos mientras Pinelli está negociando en Roma, dificultan el éxito de su mision, adquiriendo este asunto un aspecto cada dia mas grave, especialmente despues de las notas diplomáticas que el gobierno francés ha pasado al de Cerdeña manifestándole el sentimiento con que ha visto la espulsion del arzobispo de Turin y las demas medidas tomadas de sus resultados.

La cuestion del electorado de Cassel continúa aun pendiente, así como la de Hesse Darmstad y la de Mecklenburgo, y todas adquieren cierto aspecto de gravedad por efecto de la rivalidad del Austria y la Prusia.

De las operaciones de la guerra en los Ducados nada se sabe de positivo. No es cierto que la guarnicion de Fredericia haya propuesto capitulacion, ni tampoco que esta plaza se encuentre completamente bloqueada. Los de Holstein la bombardean, pero segun las últimas noticias todavía no habian conseguido rendirla.

Interior. El 10 de este mes, dia del cumpleaños de S. M. la reina Isabel, se ha celebrado en Madrid con mayores fiestas y mayor animacion que en los años anteriores. Hubo las salvas de ordenanza, se iluminaron los edificios públicos y muchos de particulares, y las músicas de la guarnicion tocaron escogidas piezas en los cuatro frentes de Palacio, y la noche antes en la plaza principal. Inauguróse tambien en la plazuela de Isabel II la estatua de S. M. con pompa y solemnidad.

Estaba cubierta con una armadura de lienzo pintado en forma de castillo octógono. Desde muy temprano, los balcones de las casas inmediatas aparecieron adornados con vistosas colgaduras, y un numeroso gentío esperaba impaciente en los alrededores el

momento anunciado para tan solemne y fausta ceremonia. Un batallon del regimiento de ingenieros y toda la fuerza existente en Madrid de la guardia civil de infanteria y caballeria, así como de la guardia municipal, formaron en cuadro alrededor del monumento. Poco antes de las doce de la mañana llegaron el ayuntamiento presidido por el señor corregidor, la diputacion y el consejo provincial con el señor gefe político á su cabeza. Colocados en el balcón del teatro Real que da frente á dicha plaza, el señor gefe político pronunció una sentida arenga alusiva al objeto, y al grito de *Viva la reina!* á que contestó la tropa y la multitud, cayó la armadura de lienzo, se descubrió la estatua, cuya base estaba rodeada por todas partes de flores, y se echaron á volar desde su pedestal un gran número de palomas y pájaros de todas clases adornados de lazos y cintas de colores. Acto continuo se verificó el desfile, pasando toda la tropa que asistió á la ceremonia por delante de la estatua de S. M., con lo cual quedó terminada la solemne inauguracion de un monumento que recordará á una soberana, cuyo reinado simboliza una época de verdadera regeneracion y de positivos adelantamientos.

A las dos y media de la tarde recibió S. M. la reina madre en su palacio de la plaza de los Ministerios, concurriendo al besamanos todos los altos funcionarios y demas personas que asisten á las ceremonias de esta clase. Igualmente estuvo concurridísimo á las tres y media el que tuvo lugar en el palacio real, comenzando el de hombres cerca de las cinco, y mas tarde el de señoras. Las piezas de música que durante la mayor parte de la tarde se tocaron, y los uniformes, y sobre todo, los trages de corte de las señoras, llamaron á aquellos sitios un gentío inmenso.

La poblacion entera de Madrid recorría las calles de la capital la noche de aquel dia, principalmente por la calle del Arenal á la plazuela de Isabel II y de Oriente, en las cuales dos músicas, al costado de la estatua una, y otra en la azotea de la fachada del teatro que da á los jardines, permanecieron tocando hasta media noche.

Todas estas fiestas y demostraciones produjeron una animacion que hace mucho tiempo se echaba de menos en la capital de la monarquía.

En el teatro de Palacio se estrenó en la noche de aquel dia la ópera *La conquista de Granada*, del maestro Arrieta, espresamente compuesta para este teatro y por encargo de S. M. Concurrió á ella toda la corte, manifestándose todos los habitantes complacidos, y en particular S. M. la augusta Isabel, en cuyo semblante se manifestaba la mas viva satisfaccion.

REVISTA DE TEATROS.

Con la representacion del drama de los señores García Gutierrez y Asquerino, titulado *El tesoro del Rey*, el teatro Español nos acaba de ofrecer la primera novedad dramática de la presente temporada. Tiempo era ya ciertamente de que nuestros ingenios diesen algunas señales de vida; de que el teatro modelo recordarse sus dias de prosperidad y ventura, olvidados ya con el largo trascurso de otros dias borrascosos y aciagos.

El drama de los señores García Gutierrez y Asquerino estaba destinado á llamar la atencion pública por muchos conceptos. La reputacion literaria de que gozan ambos escritores, la que en los círculos privados habia ya alcanzado su obra y los anuncios que de ella se habian hecho en la anterior temporada, todo inducía á creer que en la noche de su estreno se vería el teatro favorecido por una numerosa concurrencia. Así sucedió en efecto en esta y en alguna de las noches inmediatas, coronando el éxito mas feliz los trabajos de estos ilustrados escritores.

Hacia ya algun tiempo que no se presentaba en la escena española, con el carácter de original, un drama de la naturaleza del *Tesorero del Rey*. Para dar una idea de lo que es esta producción, he aquí su argumento, escrito sin otros datos que los que conserva nuestra débil memoria.

Lia, hija del judío Samuel, tesoro del rey don Pedro de Castilla, está casada en secreto con Alfonso, hijo del médico del mismo monarca. Entre las joyas de la corona, que custodia Samuel, hay un puñal, cogido en el campo de batalla, en cuya empuñadura se oculta un pergamino con los nombres de varios conspiradores á favor de don Enrique de Trastámara, entre los cuales está el de Alfonso. Este lo sabe de boca de su padre, y sabe también que el rey vendrá por el puñal, con el intento, sin duda, de apoderarse de los conspiradores. Preciso es, pues, impedir que esta arma llegue á manos de don Pedro. A este fin Alfonso, mientras conversan su padre y el judío, escribe á Lia, pidiéndola una entrevista; pone la carta debajo de un libro, espera á que aquella se presente, y entonces, acercándose á ella, no sin que el suspicaz Samuel deje de advertirlo, le señala el punto donde la ha depositado. No bien se alejan Alfonso, el médico y el judío, cuando la joven esposa se apresura á leer la carta; pero, Samuel, en fuerza de sus sospechas, entra de nuevo y poco á poco se adelanta para arrebatarse el pergamino á su hija. No lo consigue, porque el médico retrocede, estrañando la desaparición del judío; pero no le queda desde entonces la menor duda de que entre Alfonso y Lia hay secretas inteligencias, que en vano pretende descubrir. Al fin se retira Samuel y la cita entre ambos esposos se realiza. En ella trata Alfonso de persuadir á Lia para que estraiga el puñal de la caja donde su padre lo tiene encerrado. La joven se niega, objetando los peligros á que espondrá al autor de sus días; Alfonso insta, descubriéndole los motivos de su demanda. Con esto cree la lucha interior de la judía, sin saber á quien elegir entre el esposo y el padre, cuando la llegada de Samuel interrumpe el diálogo; Lia oculta á Alfonso, y después de algunas palabras con su padre, se retira. Entra entonces el médico, y dice al judío que el rey vendrá aquella noche por el puñal, y que si no lo encontrase, peligraría su cabeza. Samuel, para persuadirle de que está en la caja, la abre, busca el arma y refiere sus señas particulares al médico. Este repite las señas en voz alta, al lado de la puerta del escondite de su hijo, y se retira, volviendo á encargar á Samuel el cuidado del puñal. Samuel queda solo, cierra bien las puertas, pero olvida cerrar la caja. Acuéstase á su lado y se entrega al sueño. Alfonso sale de su encierro, se dirige de puntillas á la caja, abre la tapa, y estraie el puñal; pero al querer salir, tropieza, hace ruido y Samuel despierta. Al grito de este acude su hija, Alfonso se arroja, al parecer, por un balcón, y la palabra de esposa que pronuncia Lia, hace patente á los ojos del viejo el secreto casamiento de los jóvenes. El rey don Pedro se presenta, y antes de que pronuncie una sola palabra, cae el telón.

En el acto tercero, se sabe que está preso Samuel, y que se le quiere hacer declarar por medio del tormento el nombre del raptor. Traen á la escena al judío, le instan; pero él se niega á toda revelación, porque sabe que Alfonso es el esposo de su hija. Alfonso idea para salvar al infeliz anciano, seducir al verdugo á fin de que le dé un narcótico, en lugar del veneno que debía beber en castigo de su obstinación. El verdugo revela al médico la propuesta del joven y le enseña el narcótico; pero el médico, deseando salvar á Samuel, le dice que su hijo se ha equivocado y que aquella bebida es un veneno de los mas activos. Nada sospecha el verdugo. Samuel bebe el narcótico y sale á la escena, donde tiene una entrevista con su hija. Siente al cabo los efectos del líquido, y espira, aparentemente en presencia de Lia, el médico y el verdugo; todo lo cual forma un cuadro muy interesante, y viene á terminar el acto tercero.

Al comenzar el cuarto acto, se verifica la entrega del cuerpo de Samuel á los esposos, quienes gratifican al verdugo, y aguardan á que vuelva en sí el anciano, hablando de su viage á Fez, donde han resuelto dirigirse para evitar la cólera del rey don Pedro. Un pagedillo, que habia oído la conversacion del médico con el verdugo, en que el primero habia asegurado al segundo que el narcótico era un verdadero veneno, llega entonces, y les dice que Samuel está muerto. Lia desahoga su dolor en imprecaciones contra su esposo, y ambos se separan pocos momentos antes de que Samuel empiece á recobrar sus sentidos. Al volver Lia, se dirige al techo donde estaba el cuerpo de su padre; no lo encuentra, grita, Samuel la llama, y entonces la joven descubre su secreto al judío, quien perdona á Alfonso, y los tres, ya juntos, tratan solo de su fuga. Entonces se presenta el médico á participarles que él ha obrado en todo por el bien de Samuel y los esposos, y que ha salvado al judío en espiciacion de

otro envenenamiento, para el que habia hecho servir su arte.—Una embarcacion aguarda á los dos jóvenes y al anciano, que se despiden del doctor, y de esta suerte termina el drama.

Como nuestros lectores habrán podido ver, no faltan incidentes de interés en esta composición. Su ejecución ha agradado al público, aunque fué demasiado lenta en el primer acto.—El señor Osorio arrancó aplausos en la escena de la estracción del puñal.—El cuadro final del tercer acto está desempeñado de una manera admirable. Los autores y actores han sido llamados á la escena las primeras noches en que se ha representado el drama.

Nosotros, sin embargo de que reconocemos sus bellezas, la galanura de su versificación y lo teatral de algunas de sus escenas, encontramos asimismo inverosimilitudes de bulto en su contextura. En nuestro sentir, el resorte de que se han valido los autores para estraer el puñal de la caja, Samuel no ha podido olvidarse de cerrar con llave la caja en que está el puñal, sin desmentir su verdadero carácter. Tampoco concebimos que se duerma con tan profundo sueño, cuando debe estar aguardando al rey, y cuando la visita nocturna del médico, á quien mira como su sombra, debia tenerlo asustado.

No hallándose de acuerdo el médico y su hijo, no comprendemos como aquel sabe que el segundo está escondido y el punto donde lo está, hasta poder dirigirse á él é indicarle las señas del puñal.

El papel del pagedillo nos parece innecesario, é inverosímil su aparición en varias escenas.—Tal vez la lectura del drama nos convenza de lo contrario, y justifique la fuga de este de la torre donde le tenían encerrado, el hecho de arrojarse Alfonso por el balcón, y otras circunstancias que por estrañas nos llamaron la atención.

De todas maneras, y salvas estas ligeras imperfecciones, el conjunto del drama y su brillante éxito merecen que felicitemos cordialmente á los autores de *El Tesoro del Rey*. Nos complacemos en este éxito, á la vez que por ellos mismos, por todos los autores en general, á quienes puede servir de provechoso estímulo, contribuyendo á reanimar la escena española, hoy tan mística y abatida.

El teatro de la Comedia nos ha ofrecido también una curiosa novedad en el *Marido Duende*, arreglo del señor Navarrete, perfectamente ejecutado por la señorita Samaniego y los señores Arjona, Dardalla, Oltre y Enrique. El *Marido Duende* escita hasta el estremo la hilaridad del público. La *vis cómica* de Scriba salta y rebulle allí por todas partes. En nuestra próxima revista nos ocuparemos mas detenidamente de esta comedia.

En los demas teatros no ha habido novedades en toda la semana trascurrída. En el Circo ha vuelto á ponerse en escena la *Lucia*; *Ronconi* se conserva siempre á la misma altura; *Moriani* continúa en decadencia. La *Catinari* desempeña su parte con perfeccion; todo lo demas sigue tan mal como de costumbre.

En *Varietades*, por variar, se representa *El Duendo*. La fortuna no abandona jamás á este lindo coliseo.

J. P. S.

TEATRO DE PALACIO.

LA CONQUISTA DE GRANATA.—ÓPERA DE DON EMILIO ARRIETA.

Vamos á ocuparnos de una obra musical que preocupa en estos días los ánimos de todos los maestros y aficionados de esta coronada villa. La obra tiene por título *La Conquista de Granata*: su autor don Emilio Arrieta.

Nada diremos del libretto compuesto por el señor Temistocles,—Solera que en nuestro completo aventaja á los que él mismo ha escrito para los óperas del maestro Verdi,—por ser esta materia ajena del objeto que nos proponemos al escribir estos renglones.

Si es cierto que todo compositor ha de saber ante todas cosas acomodar la música á las situaciones dramáticas del argumento, el señor Arrieta puede vanagloriarse de haberlo verificado de tal manera, que el crítico mas puntilloso apenas podria encontrar el mas pequeño lunar.

Generalmente se observa en *La Conquista de Granata* una riqueza de instrumentación y giros tan nuevos en las frases musicales, que revelan en el señor Arrieta un profundo conocimiento del arte, unido al estudio mas concienzudo y filosófico. Largas meditaciones han debido ocupar su mente antes de dar por acabada cada una de las piezas de su brillante ópera;

porque en efecto, ya no se trata de seguir servilmente la senda trazada por los grandes maestros sus antecesores: conocidas son hoy día las partituras todas de Rossini, Donizetti, Bellini, Mercadante y otros, y muy pocos compositores habrá que al ejecutar sus obras no oigan decir al público: «esta pieza tiene el mismo corte que tal otra de Bellini ó de Rossini». Al señor Arrieta no le sucede nada de esto. La mayor parte de su música es original, nueva, cosa bien difícil por cierto, y lo que es mas dificultoso aun, agradable y melodiosa en sumo grado.

Su música tiene ese sello vaporoso, vago, sin contornos, que forma el mérito indisputable de los lienzos pintados por Murillo. Cuando se trata de un pasaje enérgico, nado mas nutrido, mas viril, por decirlo así, que esos cantos guerreros que electrizan el alma é inundan de entusiasmo el corazón: esos cantos á cuyo eco no hay pecho que no se sienta inflamado por el amor de la gloria. Concebimos el que pueda morir con la sonrisa en los labios, si al espirar oye el guerrero la historia de sus hazañas cantada con semejanza te musical.

Si se trata de esas famosas baladas morunas, que el alma ardiente de los hijos del desierto expresa sus amorosas pasiones, el señor Arrieta ha sabido encontrar melodias sin nombre, lánguidas como el soplo espirante de la brisa al través de las palmeras del Yemen; melodias voluptuosas, que infiltran en el alma del que las escucha embelesado, sensaciones embriagadoras de un placer desconocido; melodias nuevas, muy nuevas, en que se reflejan esos gíros que denotan las inspiraciones del genio.

No estaban equivocados los que anunciaron que la ópera de don Emilio Arrieta volvian á renacer en demasia olvidados recuerdos de Bellini y Donizetti, ni los que aseguraban que al ponerse en escena *La Conquista de Granata*, iban á reverdecer los laureles de aquellos dos grandes genios.

La cavatela del duo de tenor y tiple del segundo acto, es una pieza á cuyo pie no se desdenaría en estampar su firma el mismo Rossini. El final del segundo puede servir de contestación victoriosa á esos compositores sistemáticos que no encuentran nada bueno como no sea aquello que ellos llaman sólido, y que á decir verdad nosotros no comprendemos. Hay muchos que no se hacen cargo del mérito de una obra musical sino tres ó cuatro horas después que la han oído; y esto se concibe fácilmente, si reflexionamos en que esos hombres no juzgan con el corazón porque no lo tienen, sino con la cabeza.

Suspendemos este artículo con la esperanza de escribir otro mas estenso y detallado, tan luego como *La Conquista de Granata* se ejecute en un teatro público.

Si nuestra humilde voz pudiese llegar hasta ciertas elevadas regiones, no cesaríamos de rogar se permitiese al señor Arrieta ejecutar su ópera en el teatro Real; y esta súplica seria tanto mas justa, cuanto que de acceder á ella resultaria gloria para el autor y honor para España, cuyo nombre es desconocido en el mundo musical.

En todo caso damos el mas sincero parabien nuestro compatriota, que se ha colocado ya á una altura, á la cual no es dado llegar sino á muy pocos. Si temiésemos ser acusados de escribir bajo la influencia de un orgullo nacional mal entendido, no titubearíamos en decir que el señor don Emilio Arrieta puede sostener, con ventaja de su parte, una comparación con el autor del *Nabuco* y los *Foscari*: nuestra elección no seria dudosa.

J. M. DE GOIZLETA.

IBIZA.

POBLACION, PRODUCCIONES. COSTUMBRES, TRAGAS, IDIOMA.

Veinte y cinco leguas al Sud-sudeste de la costa de Valencia se encuentra Ibiza, isla la mas cercana de nuestras adyacentes, y vulgarmente tenida por una de las Baleares, sin embargo de que graves y antiguos historiadores afirman que por Baleares solo se tuvieron en los primeros tiempos las conocidas con los nombres de Mallorca, Menorca y otras de menor importancia, y que á las de Ibiza y Formentera se las denominó *islas Pitihusas*, por la abundancia de excelentes pinos que producen sus montes.

Consta la población de Ibiza de 22,000 habitantes, de los cuales 6,000 tienen su residencia en la ciudad y marina; 18,000 ocupan los hermosos y feraces campos, y espesos montes, viviendo en casas y chozas diseminadas, que pueblan las siete leguas de latitud y tres de longitud que tiene aquel territorio. Ca

parroquias rurales sirven al culto, y dan el pasto espiritual á aquellos honrados moradores; y cinco arciprestados dirigen sus intereses procomunales. En otros artículos nos ocuparemos de la ciudad y marina; cumple ahora á nuestro propósito dar una idea exacta de las producciones de aquel país, y de las costumbres patriarcales y trages de los campesinos.

Rica y abundante pudiera ser esta isla, si no se lo impidieran algunos inconvenientes de aquellos que puede, no obstante, vencer la constancia del hombre; uno de estos inconvenientes es la falta de aguas en lo interior de la isla; esta falta pudiera suplirse por medio de pozos artesanos, y aun de norias, puesto que estas no se conocen mas que á las inmediaciones de la ciudad. Otro, y no el menor por cierto, es la natural indolencia tradicional que los campesinos, llamados payeses, observan en las labores y cultivo de las tierras; y la llamamos tradicional, porque sin duda ha sido heredada de sus mayores, por efecto de su propia conveniencia, aunque esto parezca inverosímil. Hasta hace muy pocos años no se permitía á aquellos naturales extraer de su territorio ninguna de sus producciones agrícolas; esta ley bárbara y tiránica produjo necesariamente la holganza y aminoró la población. Si de los frutos sobrantes no podían disponer, ¿á qué afanarse en procurar grandes recolecciones? ¿A qué poco trabajo conseguían lo suficiente para su manutención, y no ansiaban mas, puesto que lo restante de nada les servía. Esto motivó la despoblación, por que calentando los pocos adelantos que pudieran hacerse en la isla, emigraban á América y á la próxima costa de África. De aquí parte el motivo de consagrar esas horas á sus faenas agrícolas, y de dejar eriales y sin cultivo muchos terrenos, cuidándose muy poco de fomentar los pastos y aumentar los ganados; estas costumbres, heredadas de sus mayores, se necesitan algún tiempo para que desaparezcan en su totalidad, pues los hábitos que todo un pueblo contrae solo pueden desaparecer con el largo transcurso de los años.

Si en Ibiza se explotase todo lo que existe por esplotar, si hubiera mas comunicación con el continente, tan dificultosa ahora, á pesar de su aproximación al mismo, Ibiza llegaría á ser una isla importante y rica, y es seguro que su territorio pudiera contener y sustentar mas de 60,000 habitantes, viviendo con holgura en lugar de los 22,000 de que ahora consta, mastrando los mas una existencia precaria y miserable. Su clima benigno y apacible como el de Valencia, es susceptible de las mismas y aun mas variadas producciones. La cosecha de aceite, que iguala, si no excede en calidad al de Florencia, pudiera aumentarse en cinco partes mas. La uva que no envidia á la mejor del continente, pudiera dar vinos desde el mas común al mas exquisito, pero la elaboración de este líquido se halla enteramente abandonada en aquel país, así que los mejores vinos solo producen una palustre y repugnante bebida, siendo ademas insignificante la cosecha que pudiera aumentarse prodigiosamente.

Hace algunos años que han empezado á beneficiar el cultivo del almendro: los resultados han sido felicitosos; pero todavía este beneficio es susceptible de un aumento de trescientos por ciento, con la particularidad de que la almendra que allí se recolecta es de la calidad mas superior, y acuden con empeño á exportarla de Málaga y otros puertos de Andalucía y Cataluña, que la venden despues para el Norte de América y otros países extranjeros. Se dedicaron algunos años al cultivo del algodón, mas lo abandonaron porque aunque era de muy buena calidad el que se cogía no dio resultados favorables en su mercado. Produce asimismo aquel clima privilegiado naranjas, limones, dátiles, y riquísimas frutas, en particular el albaricoque; pero no con la abundancia de que es capaz el territorio; en fin, esceptuando los cereales que no son de la mejor calidad, todos los demas frutos que se recolectan en la campiña de Ibiza no envidian á los de ningún otro país del mundo.

Cualquiera juzgará que un territorio de semejante índole es rico y que sus habitantes nadan en la abundancia. Desgraciadamente no es así: Ibiza es pobre; y los payeses, moradores de sus campos, arrastran la existencia mas desgraciada: aliméntanse de pan de cebada, negro y repugnante; garrofas, y algunas patatas contribuyen á su nutrición, y no exceden de cuatro dias en el año en los que comen un poco de chulla, que ellos llaman al tocino salado, y unos tasajos de familia, y mal pasturada cebra. Su continua residencia es en el campo; al ponerse el sol se retiran á su choza, cierran su puerta y se tienden á descansar sobre un poco de musgo ó esparto: la mayor parte de ellos, como si fueran que tienen la parroquia en el campo, rara es la ocasión en que van á Vila (á la ciudad), y acontece muchas veces que cuando les sobreviene alguna enfermedad, mientras acuden á la población en busca del médico, y este llega en vez de los auxilios corporales, ya no necesita el paciente mas que los espirituales: bien es cierto que el payés de Ibiza, cuya religiosidad es su primer distintivo, acude antes al Moisés (cura) que al médico.

Esta vida solitaria, este aislamiento, le dan cierta melancolía agreste y montaraz, pero de una índole de buena ley. El ibicenco es honrado por naturaleza, y hospitalario por instinto. Si sale á la campiña un forastero, y le coge la noche y lleva una gran cantidad de oro en sus bolsillos, está cierto, ciertísimo,

que aunque se duerma al pie de un árbol, y pasen á su inmediación y vean su tesoro, no tocarán á él ni á su persona. Y está seguro tambien que si ha perdido el camino y llama á una choza, lo recibirán con el mayor contento, para que en ella pase la noche ofreciéndole la miserable cama y el pobre alimento de que pueden disponer, y que para ellos hubieran destinado. Pero como fuese enteramente de noche no le dirán el camino que conduce á la ciudad hasta la salida del sol, porque el payés de Ibiza no habla con nadie en despoblado, así que el manto de la noche cubre la tierra; y aunque el *Visce* (obispo) pasase por su lado no le saludarían; durante las horas del sol no ven á nadie, aunque sea un niño, sin tributarle un afectuoso saludo.

Escasa es en aquel país la estadística criminal. Lo galanteo y las quintas son los dos únicos motivos que dan ocasion de ejercer su cometido en la parte criminal, al juzgado de primera instancia: el payés es celoso como un árabe: estos celos producen algunos crímenes, y su antipatía al servicio de las armas es tal, que es rara la quinta en que no hay que perseguir un número con siderable de prófugos, que se ocultan en los montes y entre las rocas del mar, sin que pueda darse con ellos: nosotros hemos presenciado al conducir el barco-correo á Palma, capital de la provincia, el cupo de quintos, arrojarse un jóven payés al mar, y perecer entre sus olas por tal de no ser soldado.

El traje del payés es airoso y hasta elegante: camisa de lienzo grueso, pero con ciertas labores en el cuello y pecho, que parece un bordado: chaleco corto de grana, chaqueta tambien corta, pantalon de lienzo como el de la camisa, con muchos y menudos pliegues en la cintura, que baja en disminucion hasta el tobillo: un zueco ó zapato de esparto cubre su pie, la pierna desnuda: ciñe su cuerpo una faja de estambre, y resguarda su cabeza un gorro encarnado con vuelta negra: en los pocos dias de frio que allí se experimentan, se abrigan con un gaban de capucha, que si bien es de paño ordinario, parece en su hechura á los que usan nuestros elegantes.

La muger de la campiña de esta isla es por su traje estravagante el tipo femenino mas antipático que sin duda existe en todos los dominios de España. Su vestido es un sayo que parte de debajo de los brazos, sin que forme cintura alguna, y mas bien parece una mortaja que vestido: llega á los tobillos, y es de una tela negra sumamente grosera é indelible, que ellas mismas tejen y fabrican: la camisa les cubre todo el pecho, y las mangas son largas hasta la muñeca; he aquí el único corpiño que usan: calzan zapatos de esparto como los de los hombres, y tambien como estos ostentan la pierna desnuda: los dias de fiesta adornan su pecho con rosarios, cruces y medallas de gran dimension: cubren su cabeza, primero con un rostrillo de percal que les llega hasta debajo de la barba, y encima de este ponen un grande y descomunal sombrero mucho mayor que el que usan los aragoneses, en cuya pequeña copa ostentan un gran lazo y un ramillete de flores de mano de un gusto estravagante y groseramente fabricadas. Cuando están de luto, usan en vez del ramo unas plumitas negras; pero lo mas particular del adorno de estas mugeres es el pelo, dividido por delante como lo llevan nuestras elegantes: déjase la trenza suelta; pero es lo raro, que se ven con mucha frecuencia á algunas pelinegras llevar unida á su trenza otra rubia de extraordinaria magnitud: esta trenza es postiza, y ha sido heredada de la madre de quien la lleva, cuya madre la heredó de la abuela, y así va pasando de generacion en generacion: algunas de estas trenzas no fueron rubias en su primitivo ser: adquirieron este color; ó casi-el rojo, en fuerza de lavarlas con legia, pues no llega un gran dia de fiesta sin que preceda la colada de la esperanda trenza.

Sin embargo de este traje rudo y antipático, hay algunas payesas bellas, y algunas que saben inspirar vehementísimas pasiones á los campesinos: en ningún país del mundo está admitido como costumbre general, y autorizado por los hombres el coquetismo en las mugeres mas que entre las payesas de Ibiza; pero este coquetismo tiene un término dado; si se traspasa, entonces es cuando la pasión de los celos se desarrolla y ejerce su influencia de un modo inaudito, y que los conduce á cometer los mas atroces crímenes.

La payesa de Ibiza, cuando llega á la edad de los amores, recibe los obsequios y galanteos de todos cuantos jóvenes aspiran á su mano: ni los padres, ni reciprocamente sus adoradores, se lo impiden, ni las hablillas de sus convecinos la censuran por esta conducta, admitida como costumbre en el país. Si un jóven observa que el objeto de su pasión está en pláticas amorosas con otro de sus amantes, no solo no le reconviene, sino que se libra muy bien de acercarse á interrumpir el diálogo. Cuando la jóven va á la ciudad, es muy frecuente advertirsele á todos sus amantes, y aun entre ellos suele decirse: «Mañana va fulana á Vila, ¿vas tú?»—Si: ¿pues acaso no soy uno de sus pretendientes? Efectivamente, todos acuden á la población á ver á su amada, que procura ataviarse con los adornos que hemos citado, para deslumbrar mas y mas á sus múltiples amantes. Cuando por la tarde regresan á la campiña, lo verifican juntos; dos suelen llevarla uno de cada mano, y si son en mayor número, se relevan de trecho en trecho; pero ninguna acción atrevida, ninguna palabra indecorosa se advierte entre tan singulares adoradores. Por la noche se reúnen todos en la casa ó choza de su pretendida: tres asientos se

colocan juntos, ocupa el del centro la jóven, dos de los pretendientes se colocan en los otros, y empieza á dar su audiencia la solicitada beldad: conversa media hora con el de la derecha, y en este tiempo no despliega sus labios el del lado opuesto; tócale á este el turno y habla otra media hora, pero el que antes concluye deja su sitio á un tercero, y así alternativamente se van sucediendo hasta que se concluye el número de pretendientes. Galanteo tan singular tiene un término, cesa el dia en que la obsequiada se decide definitivamente por uno de los aspirantes: á presencia de estos y de sus padres, elige y se promete á uno de aquellos: desde este momento solo el presunto esposo puede dirigir obsequios á su *promesa*, así se las llama desde entonces: los demas se retiran, y ¡ay del que osare quebrantar esta costumbre! Quien haya estudiado el corazón de la muger, comprenderá perfectamente que las payesas de Ibiza desde muy al principio de recibir los galanteos de sus distintos amantes, habrá elegido en su corazón á uno de ellos, y es lo admirable que ostensiblemente no manifiestan su sentir al agraciado *in pectore*, ni hacen demostraciones, por las que se pueda colegir cual será el elegido; así se ve muchas veces, que quien cree tener menos probabilidad, suele salir el mejor librado. Los celos del payés de Ibiza empiezan desde el momento en que una jóven ha prometido ser su muger: una *promesa* se encuentra ligada á su prometido tanto como una esposa á su esposo; el diálogo mas sencillo, un insignificante saludo, cuesta la vida á quien se atreve á infringir esta tradicional costumbre; el payés comete los mas horrendos crímenes tratándose de esta cuestión: su tolerancia para ver obsequiar al objeto de su amor por otros hombres, mientras este objeto no se decidió á su favor, una vez elegido conviértese: ha ta en homicida faltándole á este pacto. Cuéntanse hechos inauditos que patentizan el carácter estrechamente celoso de estos naturales: la vida de la amante, la del que la ha dirigido obsequios, despues de *promesa*, y la de los padres de esta, han sido arrebataadas por una mano asesina y bárbaramente celosa. No es muy frecuente que las jóvenes payesas fallen á sus compromisos; pero si llega este caso, la venganza del agraviado es tan feroz como inaudita.

Inconcebible parece que á unas mugeres con tanto estremo obsequiadas, y de quien tan celosos se muestran aquellos naturales, se las dediquen á las faenas mas estrechamente pesadas de la agricultura. Sobre los cuidados y penurias de la maternidad, sobre las ocupaciones domésticas propias de su sexo, ayudan á sus padres y esposos en las mas groseras operaciones del campo: ellas precedidas de las yuntas y guiando el arado, surcan la tierra; provistas del pesado azadon, cavan las viñas; y con la cortante hoz en sus pequeñas manos, siegan las mieses; sin afeccionarlas mas que á los hombres la intemperie, ni los extraordinarios calores que muchos años se experimentan en aquel clima. Su traje de campo es blanco enteramente: una falda estrecha prende desde los hombros por medio de unos tirantes, y baja hasta las corvas; esta falda y la camisa son todas las prendas de su equipage de labor: sus piernas y pies van enteramente desnudos.

Los cánticos peculiares á los payeses de Ibiza, son tan extraordinarios como sus costumbres: si un extranjero los oyese sin saber en el país en que se hallaba, creeria escuchar á una tribu de africanos: toda su entonacion es gutural, empleando en sus incomprendibles notas mucho mas la garganta que la lengua y los labios. Acompañan á estos cánticos un tamboril y una especie de flauta, tocados ambos instrumentos por un solo músico: á esto se reduce la orquesta en sus bailes, tan singulares como sus cánticos. Un hombre solo baila con ocho ó mas mugeres: forman estas una rueda, en la que no hacen otra cosa mas que dar monótonas vueltas con los ojos bajos, mientras que el hombre, colocado en el centro de la rueda, brinca y salta cuanto puede, al compás de aquella música y cánticos semi-salvajes, y de unas enormes castañuelas, de las que se percibe un repiqueteo continuo. Todas las circunstancias, todos los accidentes de este baile, le dan un carácter esencialmente árabe, el emplearse muchas mugeres para un solo hombre, el ademán ruboroso y humilde que aquellas manifiestan, pues con los ojos bajos apenas se perciben sus movimientos: al paso que el hombre con la cabeza erguida, cree dominar y presidir de una manera absoluta aquel grupo, parece manifestar al menos observar el gran predominio que los hijos del islamismo ejercen sobre sus hembras.

El idioma de estos isleños participa de cuantos idiomas muertos y vivos se conocen: el hebreo, el latín, el árabe, el italiano, el francés, en fin, allí se oyen voces de todos los dialectos.

Las costumbres, los trages y el género de vida de los habitantes de la ciudad y arbol conocido por *la marina*, son enteramente distintos de los de la campiña que acabamos de narrar. En otro artículo nos ocuparemos de describirlos.

F. R. y V.



REVELACION DE LOS SENTIMIENTOS Y DE LAS CUALIDADES INTERNAS POR MEDIO DE LA FISONOMIA (1).



Hé aquí las inequívocas señales de un carácter tímido, ingenuo, franco y sencillo: de una muger humilde, cuyas aspiraciones no van mas allá de una modesta felicidad en el seno de la familia. El abate Lavater atribuye á este género de fisonomías mucha viveza, talento natural y firmeza de carácter. Tengo la desgracia de no hallarme de acuerdo en este punto con la opinion de tan entendido escritor.



Estoy seguro de que nadie se equivoca al juzgar el carácter de esta muger por lo que indica su semblante. No es necesario ser fisonomista para conocer que la domina un temperamento tétrico y sombrío, un carácter ágrío y desapacible, un mal humor siempre manifestado, y una propension constante á la terquedad. Contrará pocos amigos afectuosos y verdaderos.



Libreles Dios á vds. de enamorarse perdidamente de esta hermosa muger, porque su belleza no es menos marcada que su frialdad. Su temperamento hemático, sin hacerla insensible, no le permite comprender los delirios de una *pasión romántica*. En cambio si alguno la llevare á la coyunda matrimonial, encontrará en ella una muger honrada, laboriosa, económica, y muy aplicada á los negocios domésticos y al cuidado de su casa.



Este tipo, no muy comun en el bello sexo, es el de esa morena graciosa, activa, severa y varonil, cuya mirada, siempre llena de intencion, seduce y enloquece, y que, poco tierna de corazon, vé con la mayor indiferencia los estragos que causan á toda hora los dardos empoisonados de sus bellos ojos. Sin embargo de eso, no le falta corazon, y al fin llega á amar por costumbre.



Es el reverso de la medalla de la anterior. La bondad, la inocencia, la alegría infantil se ven pintadas en el rostro de esta jóven. Su carácter es dulce y apacible; le divierten los placeres mas sencillos é inocentes: y la pena mas insignificante ahoga su corazon y hace asomar las lágrimas á sus ojos.



Acérquense á esta graciosa é insinuante muchacha todos los que se sientan con deseos de amar, y quedarán plenamente satisfechos. No importa que sean ellos muchos: tiene para todos. ¡Ay si de veras llegase á enamorarse de alguno! ¡Dificilmente habrá quien pueda resistir tanto amor!



Con esta preciosa niña viviría uno como los ángeles en el limbo. Si no puede ser; no sé; y otras expresiones por este estilo, pronunciadas con suma tranquilidad y dulzura, será todo lo que se le oiga cuando se le pregunte. En medio de eso, no es fria ni indiferente: por el contrario, es buena, docil, sensible y cariñosa.



Ahora que hay tantas vacantes, bien pudiera pretender esta moza una colocacion en la casa de fieras de Madrid. La terquedad, el egoismo, la crueldad y la avaricia, juntas con una mediana dosis de fealdad, bien pueden hacer digna á una muger de departir amigablemente algunos ratos con la pantera y el tigre:



El que se haya propuesto dar un mal rato á esta muger, tiene tarea para algun tiempo. Lo mismo se le da por lo que va que por lo que viene. Su vanidad, su amor propio, sus pretensiones y su carácter egoísta no le dejan lugar sino para reirse de lo que hacen los demás, ó para despreciarlo.

REVELACION DE LOS SENTIMIENTOS Y DE LAS CUALIDADES INTERNAS POR MEDIO DE LA FISONOMIA (1).



No quisiera entrar ni en la gloria con este buen señor, porque habia de encontrar en ella tantos defectos y mirarla con tanta repugnancia, que no le dejaria á uno gozar de sus encantos. Háblente vds. de cualquier cosa que él no ha hecho: todas son necedades y desatinos. Por lo demas, es hombre de bien, y dará un buen consejo siempre que se le pida.



Mientras alguno esté hablando con este sugeto, él estará siempre pensando si la trae utilidad aquello de que se le habla; y como es algo desconfiado, un si es no es terco, muy frio y de penetracion escasa, regularmente dirá que no,—con suma deferencia y urbanidad,—la mayor parte de las veces que se lo proponga alguna cosa.



Es una cara muy á propósito para asustar á los chiquillos cuando sea necesario meterles miedo. A los grandes, que no se asusten de él y que lo miren sin prevencion, les advertimos que es astuto, avaro y de una bellaquería sin igual; capaz de hacer mal á todo el mundo con la mayor sangre fria é indiferencia.



Si no viviese en este siglo y gastase melenas, diría que este jóven era un teólogo consumado. En 1830 los que estaban destinados á ser teólogos han mudado de carrera, y se han convertido en intrigantes y videntes. Tiene espíritu recto y perspicaz; discurre bien para su negocio, y va siempre á los hechos, sin cuidarse mucho de las formas.



«La sensibilidad, finura y esquisito gusto—según el abate Lavater—brillan en esta fisonomía. Si este hombre abraza la carrera literaria, para la que nació, brillará por su estilo florido y elegante, sabrá pintar las bellezas de la naturaleza, escribirá con fuego y emitirá sus ideas con el calor de una imaginacion viva, pero ordenada.» Así se conforma con esta opinion del abate Lavater.



Poca claridad en las ideas; mucho trabajo del entendimiento para producir algo bueno; escasa sensibilidad; muy poca poesia y muchísima prosa; pasiones poco vehementes; tales son los caracteres mas marcados de este hombre. Eso no obstante, ama lo bueno y lo bello y se adhiere á ambas cosas instintivamente.



Un juicio sano sin gran fondo de talento: sensibilidad sin afectacion; modestia sin pusilanimidad; serenidad y constancia para llevar á cabo un buen propósito; buenas intenciones, corazon recto y un carácter apático y tranquilo, son las cualidades que revela esta indefinible fisonomía.



Es el tipo del hombre de negocios: será un buen jurisconsulto; revela práctica y algun conocimiento del mundo: entendimiento claro y espíritu recto: es afable y cumplido, pero de un temperamento facilmente irascible; y si no es precisamente desconfiado, es á lo menos reservado y prudente.



Es uno de aquellos seres que han nacido para servir de censores á los demas. Todo lo ve, lo oye, lo observa; y muy pocas cosas merecen la aprobacion de su genio descontentadizo. A todo se le ocurre hacer alguna observacion ó modificacion no desatendible. Tiene buenas facultades intelectuales, y todo lo somete al método y á la razon.

(1) En el número 28 de La Semana publicamos un artículo que trata de esta misma materia.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

BIOGRAFÍA.

DON JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

VII.

(Continuación.)

El capitán general de los carlistas don José Uranga dirigió á Zaratiegui el 18 de junio de 1837,—justamente el mismo día que en Madrid se proclamaba la Constitución en medio de las aclamaciones de un pueblo que convirtió en un continuado jardín la carrera que llevaron SS. MM. hasta el congreso, el nombramiento de comandante general de la división expedicionaria sobre las Castillas en estos desaliñados términos:

«Las repetidas victorias obtenidas por el ejército expedicionario, á cuya cabeza va S. M., y su paso del Ebro para dirigirse al interior del reino, así que la marcha de una parte de las del enemigo que accechaba los movimientos del mío, me ha presentado la oportunidad, porque anhelaba de hacer marchar una división sobre las Castillas. Esta fuerza bien dirigida en momentos tan críticos y decisivos, es capaz de coronar el triunfo completo de la causa, bastante respetable en el número, y compuesta de valientes acostumbrados á vencer, debe distraer á los enemigos agolpados sobre el país, que ocupa S. M., trastornar sus planes, y poner en un conflicto al gobierno de Madrid. Para llenar todos estos objetos, solo faltaba un general hábil y decidido, y ese debe ser V. S. Penetrado, como me hallo, hasta la última evidencia, de su acendrado amor á la sagrada persona de S. M., de su constante lealtad y distinguidos servicios, y teniendo presente los deseos que repetidamente me ha manifestado de ser empleado donde quiera que pudiera ser útil á la causa, en uso de las facultades que me están concedidas he tenido á bien elegirle, como le elijo, para mandar la mencionada fuerza, etc.»

Zaratiegui propuso al punto á Uranga nombrase al brigadier don Joaquín Elio jefe de E. M., y segundo comandante general de la división expedicionaria. Uranga, participando de algunos escrúpulos, se resistía, pero tales fueron las razones alegadas por Zaratiegui, que accedió.

Componíanse las fuerzas expedicionarias de seis batallones y dos escuadrones que debían reunirse en Navarra, y de dos batallones y un escuadrón que con el brigadier Goiri partían de Vizcaya para agregarse á los primeros. En consecuencia de estas disposiciones, el 20 de julio se dirigió Zaratiegui con los seis batallones y dos escuadrones á Salinillas, adonde llegó á las 10 de la noche. El periódico oficial del campo carlista publicó á la sazón las siguientes líneas harto significativas.

«Acaban de salir dos expediciones con fuerzas respetables al mando de gefes activos y bien acreditados. Esperantamos una verdadera complacencia en anunciar este acontecimiento, que debe producir resultados incalculables. El público aplaudirá un plan tan eminentemente militar, y que con tanta oportunidad secunda las operaciones del ejército expedicionario. El nunca desmentido celo y actividad del excelentísimo señor capitán general de Navarra y Provincias Vascongadas, es ya el objeto de bien merecidos elogios de parte de los leales y de un nuevo método de terror para la revolución española.»

VIII.

Ignorando los liberales de la parte de Salinillas la llegada de las fuerzas de Zaratiegui, se dejaron ver el amanecer del 21, sobre el camino que va desde Haro á Vitoria y á poco mas de un tiro de fusil de Salinillas, Las descubiertas carlistas que fueron quienes primero los vieron, comenzaron el fuego, á cuya señal acudió el jefe carlista con un batallón y un escuadrón y después de un reñido combate que duró hasta las 10, los obligó á retirarse á la vecina guarnición de Armiñon, sin dejarles ver el resto de las fuerzas carlistas. Zaratiegui se replegó después á Zambrana para ocuparse de los medios necesarios para pasar por el vado del Ebro que tenía á la vista, cuando á la una del día vino á su encuentro el general Das-Antas con la división portuguesa que mandaba, y diez compañías españolas, sin contar las fuerzas de Zurbano que, como hijo del país iba de vanguardia. Hizo Zaratiegui tomar las armas al batallón que acompañaba, y la caballería que se hallaba alojada, botó-sillas y apenas tuvo el preciso tiempo para formar. Acto continuo condujo el jefe carlista su fuerza, en medio ya del fuego de sus enemigos, á una excelente posición, á cuyo pie está situada una pequeña población llamada Santa Cruz, á la cual concurren con una admirable precisión los cinco batallones que estaban en Salinillas y se trabó un fuerte combate. Apenas vió Zaratiegui que el portugués, no obstante la superioridad del número, no podía vencer la posición, se decidió á tomar la ofensiva comenzada por el ataque de la que sobre la derecha carlista ocupaba Zurbano, que ganaron los batallones guipuzcoanos haciendo prisionero en la cima á su segundo D. N. Entrena. Los valencianos y castellanos

que atacaban la derecha de Das-Antas la arrollaron también, y entonces los navarros que estaban en el centro, con un cuadro de aragoneses avanzaron, y descendieron á la llanura, y los de Das-Antas pronunciaron su retirada con bastante orden. Tuvieron lugar algunas cargas de caballería, sobre el camino real á las márgenes del Zadorra, que á muy pocos pasos de allí entra en el Ebro.

Esta célebre acción de Zambrana terminó por llevar los carlistas á sus adversarios hasta la puerta de Armiñon, de cuyos fuertes se vieron obligados á disparar el cañon-contrá ellos.

Zaratiegui con los despojos de la batalla se vino aquella misma noche tierra adentro; y después de dejar asegurados los heridos y reemplazado las municiones, pues de otro modo se imposibilitaba para emprender cualquiera operación, revolvió en la tarde del 23 sobre el Ebro que pasó aquella noche por el vado de Ircio atravesando el campo de batalla de Zambrana.

Al poner Zaratiegui el pié en Castilla, dirigió á sus tropas la alocución que transcribimos íntegra, y de viva voz les hizo entender la digna conducta y disciplina que debían observar en este país, si interesándose por la causa de su rey querían que la expedición tuviera éxito feliz.

PROCLAMA.

«Mientras que el magnánimo monarca arrollando masas de enemigos sin cuento pasa el caudaloso Ebro, recorre las hermosas campiñas de Aragón y Valencia, y se acerca á su capital; vosotros hijos predilectos del grande Zumalacárregui, llamados sois á secundar los proyectos del héroe. Oprinida la lealtad castellana con el peso de un yugo ominoso é insostenible, lanza el grito pidiendo socorros, y nos llama para que le ayudemos á sacudirlo.

«¡Voluntarios! ¡Guerreros envidiables! Ya no hay líneas de circunvalación para las provincias leales: ya no hay Ebro: las vastas llanuras de Castilla y la fidelidad nunca desmentida de sus naturales os espera; marchemos adelante; y si alguno tuviese la osadía de aguardarnos, como enemigo, tiembale al acercarnos, porque nunca en vano descienden de sus montañas el navarro y provinciano. A vosotros toca por suerte la decisión de grandes acontecimientos, y tal vez el desentelce que ha de fijar para siempre la victoria. El discípulo de nuestro primer capitán os va á conducir á ella. ¿Le seguireis? Indudablemente: pues que soldados como vosotros jamás se complacieron tanto como cuando tuvieron que ejecutar una grande empresa. Campo de honor 23 de julio de 1837.—El comandante general, Zaratiegui.»

IX.

A la mañana siguiente algunos escosos como fueron el robo de un pañuelo y una gallina, fueron castigados en Tomantos (Rioja), con tan grande severidad, que su ejemplo sostuvo la disciplina por varios días. En Belorado se unieron con Zaratiegui los dos batallones y un escuadrón salidos de Vizcaya con el brigadier Goiri, los cuales sin tropiezo alguno, habían llegado con dos días de anticipación á Pradoluengo, en compañía de Goiri y la del padre Huerta, nombrado presidente de la junta de Burgos.

En 26 de julio se dirigió Zaratiegui contra el general don Santiago Mendez Vigo, capitán general de Castilla la Vieja, que decían hallarse á la sazón en Montes de Oca; pero habiendo abandonado esta posición, llevándose la guarnición de Villafranca, el carlista se encaminó á Covadonga y Retuerta. Mendez Vigo retirado al abrigo de las fortificaciones de Lerma, no osó admitir el combate que Zaratiegui le presentaba en las inmediaciones de Huguillas sobre el camino real de Burgos. Zaratiegui se pasó el Duero. En vista de que Zaratiegui sobre Ron y Peñafiel como pañuelo se iba á Valladolid. Mendez Vigo corrió á poner el cubito en esta capital, mas apenas supo Zaratiegui que estaba ya en Torquemada, tomó sobre la izquierda, y por medio de dos marchas forzadas se presentó la mañana del 10 de agosto al pie de los muros de Segovia.

Habiendo contestado con el cañón á las pacíficas proposiciones que hizo Zaratiegui, ¡este después de un combate de tres horas mandó aplicar las escalas á los muros y los tomó por asalto con pérdida de algunos hombres. Sabido es á lo que se espone una ciudad donde las tropas entran por tales medios. Segovia fué en efecto saqueada, y en verdad que no lo merecía, porque no se hallaban los carlistas escasos de simpatías en la población, y si bien hubo resistencia, esta fué justa porque debían hacerla los milicianos nacionales y la escasísima guarnición que tenía la ciudad, que puede decirse estaba limitada al cuerpo de cadetes, que se dejaron llevar de un celo tan laudable como patriótico. Los primeros carlistas que entraron en la población comenzaron á saquear las casas que hallaron mas á mano: sin embargo, ni la violación, ni la sangre, ni aun los malos tratamientos tuvieron lugar por punto general; limitóse el despojo á las tiendas, pues muchas de las principales casas fueron salvadas con solo tener las puertas cerradas, lo que prueba la poca violencia que hubo en medio del desorden. El general Zaratiegui acudió con estremada celeridad á la plaza, y restableció la disciplina con admirable presteza y con la energía que presenciaron sus habitantes. En efecto, si los límites de esta publicación lo

permitiesen, muchas páginas podríamos llenar con la narración de algunos episodios que dan una elevada idea de la nobleza del jóven carlista. Zaratiegui en Segovia no fué conquistador, era el amigo y el amparo de cuantos á él acudían: nada le honró tanto como el hacer abnegación de las opiniones de los que para algun favor le necesitaban; y fueron tantos los que hizo en su corta permanencia, que podríamos citar á personas nada sospechosas que tendrán grabado en su corazón el nombre de Zaratiegui. Este es el mejor galardón que puede desear el bizarro proscripto.

X.

A la noche del mismo día que Zaratiegui ocupó á Segovia, entró en relaciones con los que se retiraron al alcázar, donde estaban los empleados, nacionales, el colegio militar y las personas mas acomodadas y familias de la ciudad, que habían llevado consigo los efectos mejores que poseían: arreglóse la capitulación, que fué religiosamente guardada por Zaratiegui, pudiendo añadir lo que nos han comunicado personas bien enteradas, y es que fué guardada con extrema generosidad. Cuantos había en el alcázar, no solo recobraron su libertad sino que también salvaron todos sus bienes.

Repetimos que Zaratiegui no se portó como conquistador y sí como restaurador, segun decia él mismo. El alcázar con todo cuanto encerraba, como su biblioteca y otros enseres, fué conservado con el mayor cuidado, sirviendo de prueba de la ilustración del general.

Existia depositado en Segovia por el general Valdes el sable del general Lacy, y lo habia prometido á quien pacificase las provincias del Norte; y este legado de inmortales recuerdos, le consideró Zaratiegui como un derecho de conquista y se apoderó de él.

Los habitantes de Segovia volvieron á su habitual tranquilidad y orden antes de las 24 horas después de ocupada; y en tanto que los sastres y zapateros trabajaban para las tropas, todos los establecimientos funcionaban, incluso el teatro. Segovia con sus nuevos huéspedes no estaba consternada, porque eran grandes las afecciones que hacía ellos tenía la mayoría de la población. Así lo comprendió Zaratiegui, y para dar ensanche al entusiasmo público y aprovecharle, creó un batallón en estos días con el nombre de Segovia, en lo cual estuvo tan acertado, que mas que como capitán obró como prudente político. Los resultados correspondieron á sus esperanzas, y en solos cinco días se contaban ya mas de 400 plazas, la mayor parte de estudiantes. Este cuerpo subsistió hasta el fin de la guerra, siendo uno de los que mas se distinguieron en toda ella.

La siguiente proclama es la prueba mas elocuente de la satisfacción del jefe carlista por estos sucesos, y mas que todo de su situación.

«Castellanos: Al salir de Navarra con la grandiosa y honorífica misión de pacificar la fiel Castilla y librarla de tanta opresión, tanta tiranía causada por la libertad tan decantada de los innovadores del siglo, que no es otra cosa (ya lo habeis visto) que la licencia mas desenfrenada de las pasiones, quise predecirnos por momentos se acercaba el día mas feliz para la España en que sentado nuestro amado monarca en el solio, que por ley y voluntad espresa de sus pueblos le corresponde, conjurará la nebulosa y cargada atmósfera, y bendecirá su suelo concediéndole la mas completa y duradera bonanza, mas suspendí mi augurio hasta poderlo comprobar con hechos irrefragables, con victorias conseguidas en vuestros campos. Así ha sucedido, así lo ha dispuesto el Dios de los ejércitos que visiblemente nos protege. Ahora si, que lleo de júbilo y satisfacción no puedo menos de recordaros que si el día 21 del último debe inscribirse entre los días gloriosos y faustos, en el que los campos de Zambrana fué vergonzosamente batida, hollada y destruida la hueste portuguesa que noiciamente se gloriaba de impedir el paso del Ebro á este invencible ejército que venia, y á su pesar ha venido á sacarnos de la esclavitud y total desorganización del orden social en que os ha puesto el fanático é impío partido de Madrid, el día de hoy aun ha escudado á aquel en honor y gloria, y aun me atrevo á asegurar que esta jornada verdaderamente heroica ocupará una de las primeras y mas hermosas páginas del gran libro de esta historia que inmortalizará á los españoles, que militando bajo el estandarte del mejor de los reyes han deseido y burládose de las intrigas y vanas teorías de los aturdidos filósofos. La victoria de este día es la prueba mas relevante de que nada, nada puede oponerse al valor y bravura de los que pelean por su rey y religion. Cuantos esfuerzos hagan los traidores, todos, todos se estrellarán en estos pechos de bronce. Ya lo habeis visto algunos, todos lo sabreis. Al llegar esta mañana al pueblo de Zamarramala divisé esta ciudad que parecia inespugnable por su posición natural, sus obras fuertes, sobre las que ondeaba la bandera de la usurpación. No obstante, sin otros elementos que el duro brazo de mis soldados fiado solo en su decisión é intrepidez, determiné entrar en ella, significué mi pensamiento, no hubo necesidad de mas. Corrieron, volaron, trepan los muros, arrancan cuanta oposición. se les presenta, hieren, matan, á todos menos á los que cobardemente abandonan la ciudad, y retiranse desparvidos al alcázar, desde donde por medio de capitulación ríndense entregan al fuerte castillo que pocas horas antes lo contemplaban inaccesible. Contentísimo me hallo,

honrados castellanos de vuestra decision, de vuestra conducta. Todos los pueblos del tránsito de la expedición que me vanaglorio de mandar, han obsequiado á mis soldados; muchos jóvenes se han alistado en vuestras filas. ¿Y con tales resultados no podré garantizaros del pronto y feliz éxito de nuestra causa? Si, os lo prometo. ¡A las armas, castellanos! aunados con el ejército del legítimo rey de las Españas don Carlos V, aniquilareis, y muy en breve, al ominoso partido que en sus últimas bocanadas de vida aun trata de hacer débiles é impotentes esfuerzos.

¡Viva el rey, viva la religion!

Cuartel general de Segovia 4 de agosto de 1837.—
El comandante general de Castilla, Zaratiegui.»

XI.

Como Zaratiegui se habia propuesto únicamente en todas estas operaciones el obligar al gobierno de la reina á llamar una parte de las fuerzas que habian ido contra la expedición real, á la cual consideraba muy aparada, despues que por los diarios constitucionales habia sido informado de la acción de Chiva; así que tuvo aprestadas tres piezas de batalla de las siete tomadas en Segovia, que reorganizó sus fuerzas y mejoró el equipo, caballería y demas necesario, se puso en marcha para la Granja, llevando consigo una fuerza de 4.200 infantes y 430 caballos.

Mas alarmó en Madrid la noticia de la ocupación de Segovia que la aproximación de la expedición de don Carlos. A reproducir aquí las versiones que de aquel suceso se hicieron por la prensa de la corte, se formaria el verdadero concepto de su estado; baste consignar que desde entonces se dispuso fortificar la coronada villa, y se tomaron las medidas conducentes en tan críticas circunstancias, sin que Madrid tuviera otros defensores que su bien organizada y numerosa milicia nacional, engrosándose con la que acudia de los pueblos de la provincia, y mas particularmente de los que iban siendo ocupados por Zaratiegui, pues solo un batallon escaso de zapadores y una ó dos compañías de la reina gobernadora con escasísima caballería constituían la guarnición de la corte.

Mendez Vigo entretanto, y así que vio á Segovia en poder de Zaratiegui, descendió por Guadarrama á ponerse en contacto con Azpíroz, que ocupaba á Galapagar con una columna, y con Puig Samper, que llamado á toda prisa por el gobierno se colocó con su brigada en la Puerta de Hierro, camino de Madrid al Pardo. Con estas tres fuerzas que por sí solas escapaban en un doble á las de Zaratiegui, aun sin contar las nacionales, ya se creia el gobierno seguro; levantó sin embargo, á trinchamientos en las inmediaciones de las Rozas, que guarnecieron con formidable artillería, la cual hizo un vivísimo fuego cuando Zaratiegui se aproximó el 11 de agosto para reconocerlos.

El gefe carlista se retiró á la Trinidad, en cuyos campos habia pasado la noche anterior, y al día siguiente 12 tomó la dirección del Guadarrama. Al subir Zaratiegui esta encumbrada sierra, interceptó su vanguardia una parte que dirigia desde Villacastin don N. Aguirre, comandante de escuadron, al capitán general de Castilla Mendez Vigo, diciendo que ocupaba dicho punto con un escuadron y dos compañías de infantería, donde esperaba sus órdenes. Zaratiegui mandó entonces avanzar al gefe de su caballería don Francisco Ortigosa, quien habiéndose adelantado al resto de sus tropas con su escuadron y dos compañías de infantería arribó al mismo Villacastin durante la próxima noche, é informado de que Aguirre estaba acampado á media hora del pueblo, cayó sobre él al romper el alba, y lo destruyó enteramente, tomándole 83 caballos y varios prisioneros, entre ellos el mismo Aguirre, no salvándose apenas veinte hombres.

Zaratiegui habia quedado en la Encina, y en la noche del 12 destacó la mitad de las fuerzas para ir á ocupar la ciudad de Avila, quedando entretanto observando las avenidas de Madrid por aquel punto. Pero habiendo aquella misma tarde montado el Guadarrama parte de las fuerzas concentradas sobre la corte, espidió órdenes para que regresasen las que se encontraban en marcha para Avila, dándoles por punto de reunion Villacastin.

XII.

En Madrid en tanto sucedían grandes cambios, y las tropas de Espartero tomaban acantonamientos en Aravaca. Reforzado Mendez Vigo con 2,000 hombres que al mando de Puig Samper conducían las calesas, tartanas y demas carruajes de Madrid, avanzaba á pasar el Guadarrama. La incorporación entonces de la artillería carlista era lo mas difícil, pero yendo escoltada por una brigada navarra, hicieron heroicos esfuerzos estos soldados, y merced á su extraordinario arrojo, á las 9 de la mañana del 14 ya tenia reunidas las fuerzas en Villacastin.

La tropa se hallaba falta de descanso y de otras muchas necesidades, y en tal estado resolvió Zaratiegui ir sobre Segovia, y estando desde el día anterior las tropas constitucionales en Espinal, mandó á la brigada castellana á cubrir el flanco izquierdo carlista por Zarzuela, y al mismo tiempo puso en movimiento las demas tropas con dirección de Monte-Rubio. El gefe del ejército constitucional que tambien comenzó á operar suponiendo que tendria abiertas las puertas segun los movimientos del día anterior,

salió al flanco de los carlistas; pero solo alguna guerrilla pudo tirotear la retaguardia, que cubrían los dos escuadrones de Navarra y el de Cantabria con el 7.º batallon tambien de Navarra. Al pasar el pueblo de Abadés, cargó á este batallon la caballería constitucional, mas un fuego vivo y sostenido bastó para hacerla frente y que se retirase rota y en dispersion, despues de dejar algunos hombres y caballos en el campo.

Merece citarse el párrafo con que al comunicar esta acción, concluye el parte. Despues de dar cuenta de ella, dice: «Sin que en esta marcha de seis leguas, en medio de uno de los días mas ardientes, hayamos tenido sino solo un herido, que por la circunstancia de ser único merece ponerse su nombre en este parte, y es Ramon Velasco, soldado del 7.º de Navarra.»

XIII.

Nada es comparable al entusiasmo que manifestaron las tropas de Zaratiegui en aquella ocasión; pudiéndose sin duda considerar como un grande triunfo su entrada en aquella misma tarde en Segovia sin perder un solo hombre y menos un efecto. El día habia sido uno de los mas calorosos. El siguiente 15 lo dió de descanso Zaratiegui á sus tropas, y por la noche reunió un consejo de guerra para decidir si abandonaria ó no la ciudad.

Al amanecer del 16 salieron los expedicionarios de Segovia tomando el camino de Turégano. Mendez Vigo enterado de este movimiento dejando á Segovia sobre su derecha, salió por la diagonal á retaguardia de los carlistas, y pronto los tuvo al alcance. Zaratiegui sin embargo, lleno de confianza en sus tropas despues de la serenidad que mostraron en la retirada de Villacastin, continuó su marcha metódicamente y sin perder de vista un momento á las tropas constitucionales, logró en tres días ganar las orillas del Duero, cuyo río pasó por el puente de Vado-Condes, no pudiéndolo hacer por el de Aranda donde habia guarnición constitucional. Zaratiegui presentó la batalla al otro lado del Duero; pero Mendez Vigo despues de haberlo seguido hasta Vado-Condes se acantonó en el citado Aranda.

En vista de esto el gefe carlista pasó á Peña-Aranda y se dispuso á seguir las operaciones, pues de antemano habia elegido este pais como base de ellas, porque en su marcha sobre Madrid, solo se propuso como dijimos llamar la atención de las fuerzas que acosaban á la expedición de don Carlos, para que quedara esta en mas libertad. Conseguido esto, era preciso establecerse de modo que la guerra radicase en Castilla y no pasar el tiempo en correrías como las expediciones que le antecedieron y otras que se hicieron despues. Ya con este objeto, antes de pasar el Duero y avanzar á Segovia, habia dejado sobre estos mismos parages que ahora ocupaba algunas tropas y cuadros de oficiales á las órdenes de los coroneles Barradas y Vinuesa y otros partidarios conocedores ó prácticos del terreno. Encontrábase á la sazón hostilizada esta gente por una columna mandada por el coronel Mir y el comandante Zurbano; pero á la llegada de Zaratiegui estos se desplegaron sobre la línea del Ebro de donde habian salido, y los carlistas quedaron en posesión de una buena estension de terreno de donde poder sacar los recursos necesarios á su manutención, á pesar de ser uno de los mas estériles y pobres de Castilla.

Faltaba á Zaratiegui un lugar seguro donde poder conservar sus enfermos y prisioneros, y apoyado en el prestigio que se habian adquirido las armas que mandaba, envió como parlamentario á Mendez Vigo al coronel Duran, preguntándole si trataba ó no de guardar la estipulación de Eliot; contestando afirmativamente el general constitucional, el carlista propuso como á hospital de guerra el pueblo de Santo Domingo de Silos, y como depósito de prisioneros el pueblo de Carazo. No conviniendo á Mendez Vigo en ello, Zaratiegui los eligió como provisionales, y la cuestion siguió adelante; y esto que por entonces le negaba el general de la reina, lo adquirió en derecho el de don Carlos en menos de una semana con su espada.

Desde Espeja y Huerta del Rey, Zaratiegui se dirigió contra la guarnición de Salas de los Infantes situada en lo interior de aquellas montañas, la que atacada con los dos cañones de á cuatro que habia tomado en Segovia, la obligó á rendirse al segundo día. Movióse, si bien con lentitud, Mendez Vigo, para socorrerla desde Aranda; pero no habiéndose atrevido á penetrar en los desfiladeros, se contentó con ocupar con sus tropas los pueblos de Nebreda y Solorana, donde tambien tenian guarnición los constitucionales. Viendo Zaratiegui que ni con la batida á Salas habia podido atraer al combate á Mendez Vigo, á pesar de ser muy superior el número de las fuerzas que mandaba este, fué el 28 de agosto á buscarle en sus acantonamientos. Mendez Vigo replegó su columna sobre una altura dividida por un barranco, y que por otra parte le ofrecia segura retirada á Lerma. El combate fué tenaz y sangriento, y duró desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde; mas viendo la dificultad de desalojarlo Zaratiegui, se retiró sobre Santo Domingo de Silos, lugar de donde habia salido á la mañana. El segundo cabo de Castilla don Pedro Mendez Vigo, hermano del gefe que combatia á Zaratiegui, espidió con este motivo una singular proclama respecto de esta acción, que seria dudoso cono-

cer la verdad, sin los hechos que sucedieron inmediatamente.

XIV.

La acción de Nebreda, como hemos dicho, fué el 28 de agosto. Zaratiegui se dirigió en seguida contra la guarnición del Burgo de Osma que la obligó á capitular al quinto día de asedio, sin que Mendez Vigo se atreviese á acudir en su socorro como parecia natural y lo creia el carlista que le estuvo esperando entre Aranda y Osma. No se atrevió el constitucional sin duda á dar un paso fuera de estos dos pueblos. Tomado el Burgo de Osma mediante capitulación, Zaratiegui marchó contra Lerma, de cuyo pueblo se apoderó durante la noche; pues sin embargo de componerse la guarnición de mas de mil hombres y tener estos todo lo necesario para defender el fuerte donde se retiraron, capitularon al fin el 12 de setiembre. Zaratiegui reorganizó de nuevo sus tropas dividiéndolas en tres brigadas de operaciones, dejando la cuarta compuesta de un batallon veterano y de cuatro que habia ya formado de la juventud de la provincia de Burgos, á las órdenes del brigadier Gori. Esta fuerza, en su mayor parte desarmada, comenzó á tener los fusiles que resultaban de la toma de los fuertes: se establecieron armerías y una fábrica de pólvora, que aunque muy poca llegó á elaborarla; pero faltando los salitres, no solo se tuvo que mandar á buscarlos á Aragón, sino que tambien fueron necesarios otros objetos para vestirse y calzarse las tropas.

(Se concluirá.)

A. PIRALA.

BATALLA DE HASTINGS.

(14 DE OCTUBRE DE 1066.)

Muerto el rey de Inglaterra, Eduardo el Casto, se disputaron su herencia dos competidores, Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, y Haroldo, hijo de un boyero sajón, el cual por razon de los eminentes servicios prestados á la causa pública, llegó á ser uno de los personajes mas importantes del reino. Apoyaba Guillermo sus pretensiones en su parentesco con Eduardo, en una institucion de heredero, que decia haber recibido; pero de que no presentaba mas pruebas que su declaración en un juramento de fidelidad que habia exigido á Haroldo, y en una bula del papa que le adjudicaba la Inglaterra, mediante promesa solemne de pagar regularmente su tributo. Oponiale Haroldo sus virtudes, sus talentos, su valor, sus riquezas, su inmensa popularidad y la palabra del rey moribundo, que le habia designado para su sucesor títulos que debian prevalecer, sobre todo en un pais en que la corona era electiva. Al punto fué elegido Haroldo por unanimidad rey de Inglaterra y proclamado con general aplauso. Bien que hiciera Guillermo grande alarde de sus derechos, no contaba sino con su espada, á la cual apeló al punto del fallo de la Gran Bretaña. Invita á la Europa al saqueo de la Inglaterra, y por espacio de seis meses acudieron á Normandía todos los hombres ávidos de gloria y de fortuna. Al mismo tiempo predicaba el papa una cruzada contra el excomulgado Haroldo, de forma que el celo religioso atrajo bajo las banderas del bastardo á los que humanas consideraciones no habian podido arrastrar. Mil quinientos buques salidos del puerto de San Valery trasportaron á través de la Mancha á aquellas hordas de mercedadores, que volvan á tomar las costumbres y el espíritu de sus abuelos del Norte.

Vagos rumores sobre esos inmensos armamentos, la temible intervencion del papa, la aparición de un cometa, siniestras predicciones que hizo resonar Eduardo en su lecho de muerte, esparcían en Inglaterra terrores supersticiosos; pero Haroldo lleno de juventud, de fuego, de inteligencia y de esperanza, luchaba con su ejemplo y sus discursos contra esas perniciosas influencias, y reanimaba el valor en todos los corazones con preparativos de defensa proporcionados al general temor. Despues de algunos meses acampaba al frente de su ejército en las costas del Sur, esperando á los normandos, cuando supo que los noruegos habian desembarcado en el Norte, en la Nortumbria. Tan pronto en concebir como en ejecutar, marchó Haroldo al encuentro de los noruegos para arrojarlos y volver á recibir á los normandos. Pero mientras ganaba una completa victoria bajo los muros de York y daba al rey noruego los seis pies de tierra que puramente le prometió antes del combate, tremolaba en las playas de Inglaterra la bandera normanda con sus tres leones.

Con el mismo ímpetu con que acometió á los noruegos, revolvió Haroldo contra los normandos, sin dejar á sus soldados el tiempo de tomar aliento, sin esperar á los reclutas que marchaban á incorporarse de todos los puntos de Inglaterra. El ardiente sajón, estimulado por el relato de las devastaciones que cometían los invasores, se precipitó para contenerlos. Esta rapidez le fué fatal; las tropas que le habia permitido rehacer eran mucho menos numerosas que las enemigas; al paso que algunos días de retardo le hubieran asegurado la superioridad numérica.

Esperaba con su prodigiosa celeridad caer de im-

proviso sobre los normandos, como lo acababa de hacer sobre los noruegos. Pero estaba alerta el cauteloso Guillermo; pues apenas desembarcó encerró sus tropas en un campo fortificado, y no salían a saquear sino bajo la escolta de destacamentos de caballería que espí oraban el país. Obligado á renunciar á la esperan-

comunión; mas habiendo recordado uno de ellos que ya de autemano estaban repartidos sus bienes entre los normandos, afirmaronse en su propósito y juraron lidiar hasta la muerte. No obstante, cediendo aun á una supersticiosa inquietud, se esforzaron en impedir á su rey el que tomase parte en la batalla.

mi custodia! ¡Pardiez que seria traicion, y antes debe correr los riesgos de una batalla con los pocos hombres que tengo, mi valor y mi buena causa.» Durante la noche que precedió al combate, escenas distintas, pero igualmente características, se verificaron en ambos campamentos. Los normandos, cu-

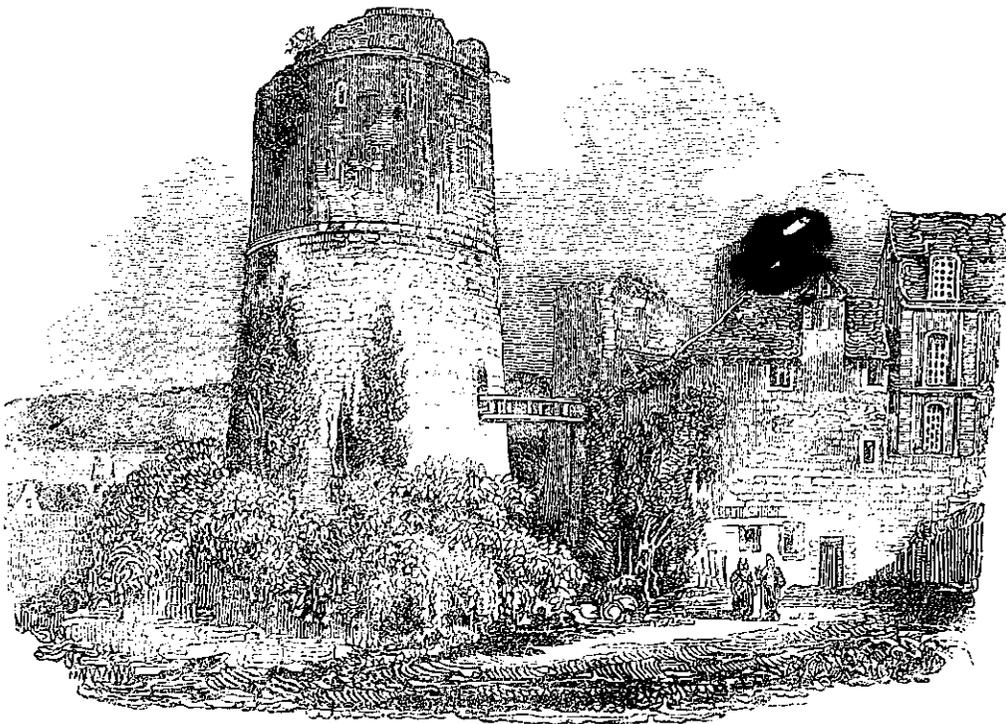


Conquista de Inglaterra por Guillermo.

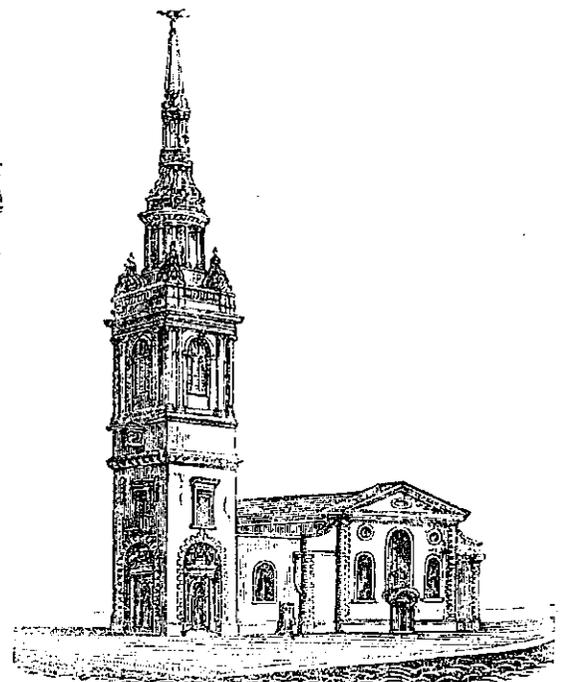
za de sorprender á los normandos, se detuvo Haroldo á algunas millas del campo enemigo, é hizo levantar trincheras, tras de las cuales parecia querer esperar la llegada de sus diferentes cuerpos de ejército; mas no le dejó Guillermo el tiempo de hacerlo. Sin embargo, aunque comprendió que su posición le mandaba apresurar el acontecimiento, no quiso el duque

Haroldo, le dijeron, no puedes negar que de grado ó por fuerza hayas hecho al duque Guillermo un juramento sobre los cuerpos de los santos; ¿á qué espórrite á los azares de un combate con un perjuro contra tí? Para nosotros que nada hemos jurado, es de todo punto justa la guerra, pues que defendemos nuestra patria. Deja, pues, que nosotros solos demos

yo tipo primitivo altera ya la civilización, preparada que hubieron sus armas, se pusieron en oración, si confesarán con los monges, recibieron los sacramentos y se entregaron á ejercicios de piedad. Los sajones, al contrario, hechos de repente escandinavos al acercarse al combate, encendieron grandes hogueras, alrededor de las cuales se divertieron haciendo resaca-



Vista de la torre de Guillermo.



Iglesia de Santa Mary-le-Bow en Inglaterra.

de Normandia pasar por alto los medios de influencia moral que le ofrecia la religion. Envió un heraldo al rey sajón, requiriéndole sostuviese su juramento sobre tantas reliquias prestado, é invocando en nombre del papa la cólera del cielo sobre el perjuro y sus secuaces. Turbaba la conciencia de los gefes ingleses la

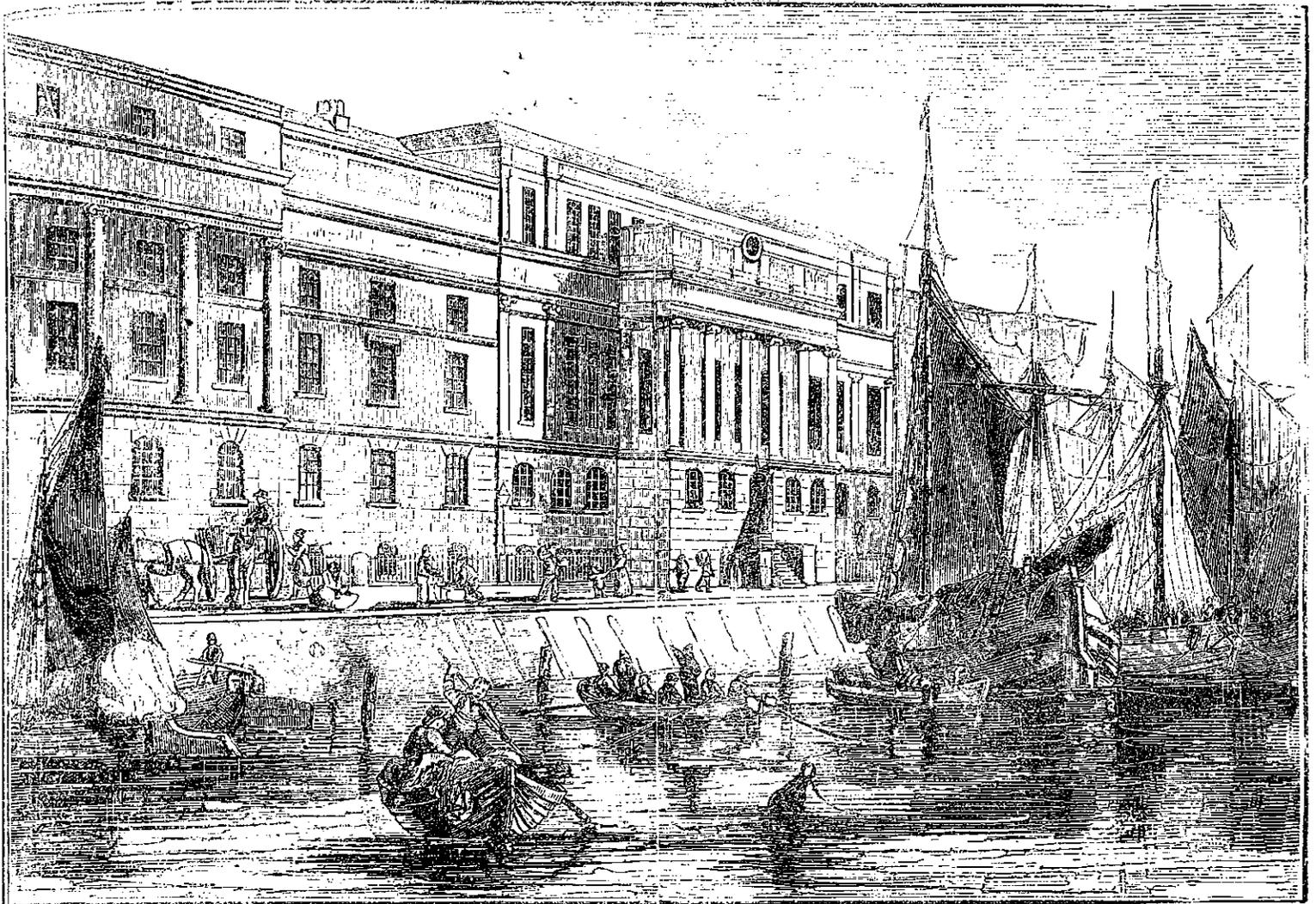
batalla; tú nos socorrerás si cejamos, y nos vengarás si morimos.» Mas replicó el rey que su deber le mandaba batirse, y en nombre del mismo deber desechó los consejos que le daban los gefes de retirarse á Londres talando todo el país en presencia de los estrangeros.» ¡Yo, repuso él, yo talar el país confiado á

sus antiguos cantos de guerra y vaciando grandes cuernos llenos de cerveza y aguamiel. Al asomar el día, Guillermo así que su ejército hubo oído misa y recibido la bendición del obispo de Bayeux, comandante en gefe de la caballería, los condujo al ataque del campo de los sajones. Llevaba per-

ientes del cuello los huesos sagrados, sobre los que Haroldo había prestado juramento; traía en un dedo el cabello de San Pedro, engastado en un diamante,

Los sajones esperaban detrás de sus trincheras. Tres veces los normandos atacaron con furor, y tres veces los forzaron a retirarse los terribles hachazos de

punto en desorden. Esta estratagema salió bien: llevados de su ardor y creyendo ya en la victoria, se precipitaron los soldados de Haroldo fuera de sus em-

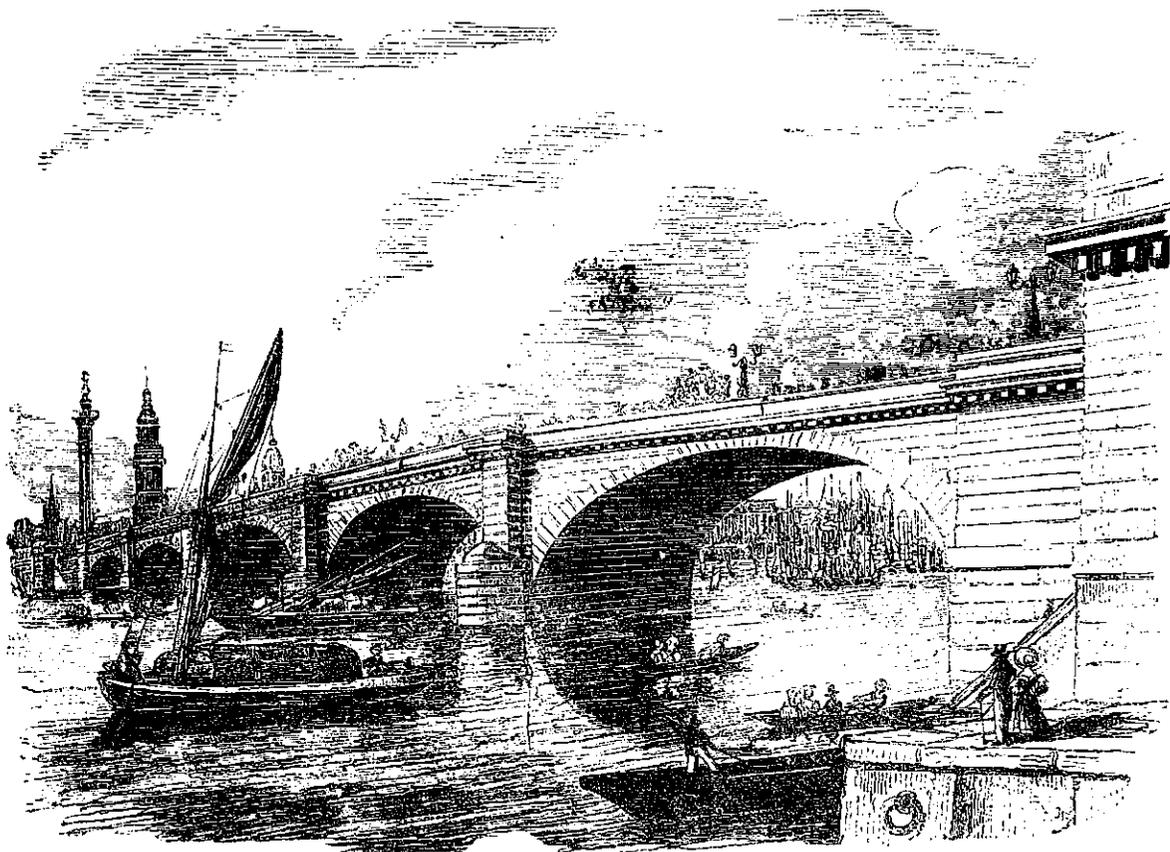


La aduana de Londres.

delante de él flotaba el estandarte bendito que le dió el papa. Adelantábanse los normandos cantando el ro-

los sajones, que hendiendo las armaduras, rompían las lanzas y las espadas. Entonces Guillermo para atraer á

palizadas; pero hicieron cara los normandos, y dandoles la ventaja de las armas el cambio de posición



Vista del puente Nuevo de Londres.

manco de Rolando y repitiendo el grito de reunión de los cruzados: Dios ayuda! Dios ayuda!

los ingleses a la banura, mandó á un considerable cuerpo de caballería que se adelantase y huyese al

rompieron á los sajones y se metieron con ellos en las trincheras. Allí se renovó con furor el combate. Ha-

roldo y sus hermanos murieron al pié de su bandera, que los normandos reemplazaron al punto con el estandarte del papa, y los sajones no combatieron ya para vencer, sino para morir, prolongando hasta la noche una resistencia desesperada.

Esta sola batalla puso á los normandos en posesión de la Inglaterra. Los sajones conservaron todavía por largo tiempo su valor y su patriotismo; mas no tenían ya jefe que les congregara y dirigiera. Así es que Guillermo no encontró ya sino resistencias parciales y locales, y no tuvo que combatir mas que partidarios. Esta conquista, por odiosas que hayan sido las circunstancias con que se verificó, fué un acontecimiento feliz para la civilización general de Europa, pues los normandos á pesar de sus actos eran mas ilustrados que los sajones, y ni retrogradaron hacia su barbarie primitiva, sino para robar, de modo que cuando ya nada quedaba que coger ni nada tenían que temer por lo que habían cogido, volvieron á sus costumbres mas cultas.

Al día siguiente del combate dos monges sajones compraron á Guillermo por diez marcos de oro el derecho de enterrar á su rey. Como no pudieron reconocerle en medio de los cadáveres ya desnudos por los normandos, llevaron en su compañía á una muger, á quien Haroldo había amado. La rubia Edita, la del cuello de cisne, quien al punto supo encontrar el cuerpo de su amante. No fué Haroldo rey de Inglaterra sino por espacio de algunos meses, y en esos anduvo del todo ocupado en la guerra; de suerte que no pudo desplegar sus nobles cualidades, sus virtudes y sus talentos, que prometían á los sajones la vuelta de los días del gran rey Alfredo.

A. U.

LA PRIMAVERA.

POESÍAS DE DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

En el número anterior de *La Semana*, ó si se quiere, en *La Semana* de la semana anterior, que gracias á la compatibilidad de nuestros almanaque vulgar y literario, la cronología moderna cuenta hoy para determinar citas y fechas con el auxilio de dos *Semanas semanales*, hice de nuestra situación científica, literaria y artística un bosquejo que en sentir de muchos podría haberse suprimido, y hasta cierto punto no van descaminados los que tal digan, considerando que para elogiar las poesías del señor Selgas no es absolutamente preciso demostrar que los mecánicos gastan pólvora en salvas, y otras verdades que no porque parezcan inoportunas dejan de ser verdades. Sin embargo, á poco que mis lectores mediten sobre este particular, comprenderán, como yo comprendo, las consecuencias que de tales premisas se desprenden. ¿Es cierto que las plantas de nuestro pensil intelectual atravesando un otoño que ha arrancado sus hojas y un invierno que ha secado sus raíces ofrecían en su conjunto el triste espectáculo de la muerte? Pues mayor razón para que al notar un síntoma de vida en el que ya creíamos cuerpo inanimado, al ver brotar una flor en tan solitario desierto, al penetrar en la fresca y lozana *Primavera* del señor Selgas, exclamemos como el autor del *Emilio*, entusiasmado de júbilo viendo colorarse los campos y reverdecer los árboles en la florida estación del año: *La nature vit encore!* lo que aplicado al caso presente podría tener esta traducción: ¡Todavía hay patria, Veremundo! y aun esto para mayor claridad debería interpretarse diciendo: ¡Aun hay quien sepa gramática, aquí, donde tanto tiempo ha estado olvidada la ortografía! ¡Aun tenemos buenos poetas que atajen el contagio de los malos copleros! ¡Aun puede abrirse paso el mérito para llegar á la inmortalidad donde todas las vías que conducen al templo de la fama parecen ocupadas por los géneos malélicos de la ignorancia y de la intriga!!!

Verdad es que el estado de abatimiento en que se halla nuestra literatura no debe imprimir alteración alguna en el valor absoluto de la *Primavera* del señor Selgas. Esta preciosa colección de poesías, recomendable por la pureza de su moral y por sus buenas prendas literarias, no es una de esas doncellas que necesitan rodearse de amigas feas para hacer resaltar mas los atractivos de su hermosura. Nada de eso. La *Primavera*, y permitaseme terminar una alegoría que expresa bien mi pensamiento, es una de esas deidades cuya belleza se admira tanto mas cuanto mas positivo sea el mérito de las rivales que entran en el palenque de las comparaciones á disputar la palma de la victoria.

Resulta de esta verdad, que á ser hoy mas floreciente el estado de las bellas letras en España habría sido mas lisonjero y mas universal el aplauso con que se hubieran recibido las poesías de que me estoy ocupando. Pero admitiendo que el valor absoluto de dichas poesías no fuera mayor ni menor por haber aparecido en una época á propósito para obtener las ventajas del contraste, habremos de convenir en que su valor relativo toma por esta misma circunstancia incalculables proporciones. La rareza aumenta el precio aunque no añada ningún quilate al peso de una piedra preciosa.

Ademas, y vuelvo á rogar á mis lectores me dispensen, pues necesito continuar por ahora hablando el

lenguaje figurado á que tengo particular inclinación, la presencia de una veta metálica en la superficie de la tierra indica generalmente la existencia de una mina debajo de aquella veta. Y el señor Selgas á cuyo talento han dado ya la debida importancia los hombres imparciales y entendidos, puede tener mas alta significación que la de un buen poeta en la época presente, la de marcar una nueva era literaria, esto es, el principio de la feliz reacción hacia el buen gusto como muy oportunamente observa el autor del prólogo que precede á la colección de poesías de que voy hablando, y en lo que estoy muy conforme con él; porque indudablemente son ya muchas las personas ilustradas que condenando los estravios y la pobreza de las concepciones que durante algun tiempo han estado en boga, merced á esa especie de parálisis intelectual reinante, se preparan á hacer nobles y generosos esfuerzos en favor de los buenos principios literarios.

Por lo demas, despues de haber leído el mencionado prólogo en el que tanto resplandecen el sano criterio y rica erudición del que lo ha escrito, poco será ciertamente lo que yo pueda decir, y de seguro no hubiera publicado este artículo sino fuera por el deseo que tengo de dar una solemne prueba del aprecio que me merece el señor Selgas como hombre y como poeta, aunque tambien, lo confieso, me ha estimulado algo la idea de coadyuvar, si no con gran talento al menos con imparcialidad y buena fé al pensamiento de nuestra regeneración literaria, uniendo mi humilde voto al de los hombres que como yo conocen la necesidad de tender una mano amiga al mérito mientras con la otra derribamos los pedestales de gloria que para encumbrar muchos id. los falsos ha levantado la ignorante muchedumbre.

No me detendré yo á baulizar el género de composiciones que el señor Selgas ha publicado hasta ahora. Me basta saber, para apreciarlas, que son buenas, que desenvolviendo siempre un pensamiento moral, que es en lo que estriba su mayor mérito, están escritas con una gala que dista mucho de la afectación, y una sencillez que está muy lejos del prosaísmo. Tampoco quiero saber qué puntos de semejanza tienen dichas composiciones con las de otros países y otros tiempos, si es que el señor Selgas ha soñado en buscar algun modelo para calcar sus inspiraciones, lo que no puedo admitir, porque la originalidad es seguramente una de las dotes que mas brillan en su preciosa colección de poesías. Creo que este ilustre vate ha imaginado muy bien que podia valerse de las flores como Esopo de los animales para predicar á la humanidad, inculcarla sanos principios de moral, condenar las malas pasiones, en una palabra, iluminar al pueblo con la antorcha de una sabia y consoladora filosofía. Concebido tan laudable pensamiento el señor Selgas ha tomado la pluma y ha escrito segun su modo de ver y de sentir, sin acordarse de los que le han precedido, sin pensar en los que le han de seguir, eligiendo el lenguaje y el metro mas adecuado al asunto que ha tomado por su cuenta, pintando las impresiones de su corazón y las aspiraciones de su alma, y de este modo ha hecho un trabajo original y un original bueno que naturalmente debe recibirse con placer donde solo iban quedando copias malas de borradores pésimos.

Despues de leer las poesías de Selgas, me he hecho yo una reflexion que quiero participar á mis lectores, y es una de las pocas cosas nuevas que puedo decir para manifestar el alto precio que á mis ojos tienen tan bellas producciones. ¿En qué consiste, he dicho para mi capote, que estando yo tan aburrido, tan hastiado ya de versos que me hubiera parecido imposible leer dos composiciones seguidas y que, en efecto, en ningun otro autor he podido leerlas de muchos años á esta parte, en qué consiste, vuelvo á decir que á las dos horas de recibir las poesías de Selgas ya las habia leído todas y me complacía en repetir la lectura de la mayor parte de ellas? Consistirá en que el señor Selgas hace buenos versos? Buenos, muy buenos son, sin duda, los versos del señor Selgas; pero esta circunstancia que puede contribuir en gran manera á hacer agradable la lectura de un libro no basta para excitar el interés del lector en tan alto grado, y sirva esto de contestación á los que poco conocedores de la belleza ó tentados por el demonio de la envidia quieran rebajar el mérito de las poesías de Selgas diciendo que en la actualidad cualquiera sabe hacer versos. A muchos de los que discurren de este modo podría decirseles con justicia: Teneis razon; no se necesita en el día talento para hacer versos, y la prueba está en que tambien los hacéis vosotros.

Efectivamente, conozco en Madrid un centenar de poetas que ensartan ciento veinte versos por minuto, y no es esto lo mas asombroso, sino que los que tal hacen son incapaces de escribir cuatro líneas en prosa, ó si las escriben, es infringiendo las leyes de la gramática y de la lógica. He observado tambien que la facilidad de hablar en nuestros días corre parejas con la de hacer versos, pero que generalmente los que tantos versos producen y los que con tanta facilidad se espresan, son del género de aquel que decia escribiendo á un amigo suyo: «Mi querido amigo: te escribo esta carta tan larga porque no tengo tiempo suficiente para hacerla mas corta.» Es decir que hablan mucho para decir poco, siendo lo poco que dicen tan trivial que no merecia la pena de decirse, y la experiencia me ha hecho ya tan desconfiado en esta parte, que desde luego miro con desfavorable prevencion á los que hacen alarde de gran facilidad hablando ó escribiendo

versos. Se me dirá que soy raro y escéntrico. No niego, señores; soy tan escéntrico y tan raro que prefiero los oradores que discurren bien, aunque no hablen con facilidad, á los que no discurren ó discurren mal aunque se espresen fácilmente. Soy tan raro y tan escéntrico que leo con avidez una poesia nutrida de pensamientos, y no puedo tolerar una tirada larga de versos rimbombantes que carecen de inspiración. En una palabra, me gusta mas el grano que la paja, lo que en opinion de la mayoría de los modernos escritores puede pasar por una notoria escéntrica, una verdadera rareza.

Pero ved aqui que cuando yo lo esperaba menos me encuentro desatado el nodo gordiano, resuelto el problema, explicado el misterio. Ahora es cuando comprendo la razon de agradarme tanto las poesías de Selgas, lo que seguramente es hijo de mi carácter escéntrico y raro, de esa escéntrica y esa rareza que en los tiempos que alcanzamos me hace posponer la paja al grano, los versos huecos á los pensamientos profundos, los que hablan mucho y mal á los que discurren mas y mejor. Y téngase en cuenta que cuando yo fulmino anatemas contra la facilidad de otros, quiero decir que el señor Selgas carezca de ella; contrario manifiesta ser uno de esos poetas á quienes pueden aplicarse estas palabras de Timon hablando de Lamartine: «Brotan los versos de su vena como agua de una fuente.... jamás ha palidecido bajo los estremecimientos de la inspiración, jamás ha rememorado ni trabajado lleno de sudor los surcos del pensamiento.»

Genios hay en el mundo tan exigentes que no recibirán ó no querrán ver la belleza de los inspiraciones de Selgas, y no les creo muy distantes de pedirme pruebas de su existencia sin conocer que la belleza es una de esas cosas que se sienten y no se explican. A los que me pidan la demostración del encanto que yo encuentro en la obra de que voy hablando, de la frescura y lozanía de sus flores, la riqueza de sus colores y la escelencia de su perfume, les diré solamente: ahí teneis ese precioso ramillete, examinad desapaionadamente y si no teneis embotados todos los órganos de la sensibilidad, si no ostentais por puro adorno la forma exterior de los sentidos encargados de transmitir al alma sus impresiones, comprended el supérfluo que seria un analisis cual ápeteces y que necesariamente habia de ocupar muchos volúmenes. Reparad en esos bellísimos tercetos de introducción hallaréis los pensamientos mas delicados y sublimes que pueden inspirar á un alma noble la imagen de la inocencia y la idea de la virtud. «¡Ah! me responderán algunos mozalvetes que henchidos de vanidad no tendrán, sin embargo, bastante audacia para negar lo que digo: cualquiera haria otro tanto si obtuviera la proteccion que se ha dispensado á Selgas. ¡Siempre la proteccion! ¡Como si la proteccion pudiese dar lengua á los mudos ó inteligencia á los tontos. Es preciso desengañarse: el talento y la virtud, con la mayor parte de las prendas intelectuales del hombre son susceptibles de adquirir algun refinamiento por la educación, pero no hay medio humano que pueda prestarlas á aquel á quien la naturaleza se las ha negado enteramente. Si Selgas ha merecido con justicia la proteccion del conde de San Luis no ha sido antes sino despues de manifestar sus elevadas cualidades de poeta, de modo que no ha necesitado proteccion para dar al mundo una prueba de lo mucho que puede el corazón que sabe sentir ayudado por una cabeza que sabe pensar. Así para protestar contra los que ensañan en la proteccion como requisito sin el cual comprenden el amor á la ciencia y á la virtud, el señor Selgas devorando las amarguras de una existencia penosa y completamente ignorada de los hombres, ha fin á los tercetos que antes he citado con esta sencilla invocación.

¡Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvarios;
Brille en mi corazón tu sentimiento;
Brille en mi vida y en los versos míos!

Esta protesta contra los que reclaman las prerrogativas sin tener las dotes del genio está mas esplicada en la composición cuyo título es: «Amor del poeta». En esta bella producción en que el señor Selgas personifica sus ensueños de gloria bajo el nombre de Laura no hay una palabra que trascienda al positivismo de los que solo vislumbran la aureola de la inmortalidad por el prisma de la proteccion; nada que tenga roce con el ambiente de este mundo material en que vivimos. Pero oigamos al poeta porque ya me voy cansando de dirigir la palabra á mis lectores y no seré pocos los que estén fatigados de escucharme.

¿No conocéis á Laura? ¿No habeis visto
La dulce risa de sus labios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fé de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

Rien las flores al mirarlás ella;
Y con dulce armonía
La fuente gime cuando Laura flora.

Su cándida alegría
Es el nacer del sol; si mira triste,
Es la tristeza con que muere el día.

Y no la conocéis?

Y yo la ví: mi corazón temblaba
Al sol de sus miradas cariñosas;
Llena de luz y de hermosura estaba.
Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
En ella dejó escrito
El sello de un afán puro y ardiente,
El germen de un amor harto infinito.

Después huyó. Y desde entonces siento
De su casta hermosura
El corazón sediento;
En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar; cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finge la luz de la mañana;
Búscala ansioso el pensamiento mío
Por la mansa pradera,
Por la margen del río,
Cuando la tarde tímida y ligera
Llueve sobre las flores su rocío.

Vive en mi corazón, vive en mi vida;
Mis penas desvanecen
A mi profundo amor agradecida,
Y calma mi desvelo:
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo,
Y rápida otra vez desaparece.
El fuego de su lánguida belleza
Derrama en mis ensueños un tesoro
De ternura y grandeza,
De armonías, perfumes y colores;
Cielos azules recamados de oro,
Campos cubiertos de lozanas flores.

Vision consoladora,
Manantial de mis dulces alegrías,
Estrella bienhechora,
Luz que ilumina mis oscuros días....
¿Qué fuera yo sin tí?... Planta sin fruto,
Nebulosa mañana,
Corazón lleno de amargura y luto,
Hijo infeliz de la miseria humana.

¿Os parece, amados lectores, que tengo alguna necesidad de señalar las bellezas, una por una, en los versos que acabo de citar? ¿Queréis también que me ponga á enumerar los ligeros lunares que se notan en ellos? Estos son tan insignificantes y tan pocos que no merecen la pena de ocuparnos ni de ocuparme. Demos este pobre placer á los desgraciados, cuya organización no está predispuesta á sentir el encanto de las más bellas inspiraciones. Por mi parte no me he dado con fuerzas para rebuscar defectos hoy, ni aun para tributar los debidos elogios á una poesía tan dulce, tan acabada, y cuyos hermosos versos contrastan notablemente con la palidez de mi prosa.

Estas y otras razones que he indicado antes, me impiden examinar todas las producciones de que consta el libro que tengo á la vista, por lo que voy á terminar mi artículo, no sin hacer algunas citas que hablarán muy elocuentemente á aquellos de mis lectores que no conozcan las poesías de Selgas más que por lo que de ellas hayan dicho los críticos á quienes siempre se supone apasionados por más que la abnegación de la rectitud presidan á sus trabajos.

En la linda composición cuyo título es: *Lo que me enseñan las mariposas*, pregunta una rosa que nace á otra que espira:

¿Pues qué son mariposas, madre mía?

Lo que la interpelada da la siguiente contestación, llena de poesía y de originalidad:

De hermosura cubiertas,
Felices y lozanas,
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen á velar por sus hermanas.

¿Puede darse un diálogo más bello, más inspirado? Véase los tercetos con que termina el inimitable soneto *del Sauce y el Ciprés*:

«Triste nací... mas en el mundo moran
Seres felices que el penoso duelo
Y el llanto oculto y la tristeza ignoran!»
Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
«Dichosos, ay, los que en la tierra lloran»
Contestóte un ciprés mirando al cielo.

Ved como la brisa que dice ser esclava mensajera de la reina aurora confía al laurel una comisión que la señora le ha dado.

«Tu magestad billante, tu juventud preciada,
El tujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enagenada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.»

He aquí también un trozo que no vacilo en presentar como modelo de diálogo sencillo, expresivo y fácil. Hablan un galán y una fuente.

—Hijo ¿qué tienes?
—Amor.

—¿Sin consuelo?
—Sin consuelo.
—¿Y sin esperanza?
—Alguna.
—¿Adonde miras?
—Al cielo.
—¿Quién es tu vida?
—La luna.
—Cuando la ves ¿te da pena?
—Lleno de placer suspiro.
—¿Te mira dulce y serena?
—Me mira mucho y la miro.

Y mas adelante dice el galán:

¡La muerte! dulce alegría,
Única esperanza bella;
En muriendo, madre mía,
Subiré á vivir con ella.

Pero sobre todo voy á decir dos palabras á mis lectores acerca de la preciosa composición titulada «La Modestia.» He aquí el argumento. Un clavel proclamando rey por las demás flores, trató de elegir entre estas una digna esposa, para lo que como era natural manifestó su decidida voluntad de unirse á la más hermosa. Las flores, confiada cada cual en su belleza, se engalanaron, aspirando á la preferencia, y solo una quedó en toda la pradera que lejos de adornarse procuraba ocultarse entre la yerba. Vióla el rey y picado de la curiosidad se acercó á ella para preguntarle por qué se escondía en el momento en que podía merecer el más distinguido de los favores. ¿Queréis saber quien era esta modesta flor? Pues oid á Selgas que os lo dirá con mas gala que yo.

Y por si el regio esplendor.
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor,
—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta.»
Dijo temblando la flor.
—«¿Y te ocultas cuidadosa
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?»
Siempre temblando la flor
Aunque llena de placer
Suspiró y dijo:—«Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

Escusado es decir que la hermosura de la modestia enloqueció al rey, y que la violeta obtuvo entre todas las flores la corona del triunfo. Después de referir el señor Selgas como se hizo pública la voluntad del soberano concluye con esta quintilla envidiable bajo todos conceptos:

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

Seria no acabar nunca si fuera á citar cada una de las bellezas de que tan pródigo se muestra el señor Selgas. Por otra parte creo que mi artículo se ha alargado ya demasiado y voy por consiguiente á concluir, recomendando la adquisición de esta notabilísima colección de poesías que se halla de venta en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, y Monier, carrera de San Gerónimo. Recomendando la adquisición de este libro al público y á los poetas: á estos para que comprendan que el medio de llamar hoy la atención de las personas sensatas consiste en dar obras á luz que manifiesten los recursos de imaginación, ternura, profundidad de miras, gala y corrección que caracterizan á las de Selgas, y también para que conociendo la impotencia literaria de que desgraciadamente disfrutaban muchos de ellos renuncien á sus ridículas pretensiones y se guarezcan bajo la losa del olvido que los está llamando á voces. Recomendando al público la lectura de estas poesías porque en ellas encontrará mucho que admirar, no poco que aprender y bastante razón para explicarse el por qué yo que vine al mundo con el látigo levantado para castigar á los escritores, he manifestado tanta complacencia elogiando al que considero el primero de nuestros líricos contemporáneos.
J. M. VILLER GAS.

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS GERVANTES.

TOMO TERCERO.

CAPITULO VII.

Tribulaciones.

No se engañaba el marqués en sus cálculos. Emirene había huido instintiva é involuntariamente, mas

bien que atemorizada por el extraño ruido que se levantó á sus piés, convencida de antemano que no le quedaba mas remedio que doblar la frente ante la fatalidad de su destino; había huido dominada de ese entrañable sentimiento de dignidad y pudor ingénito en la muger, y que la impele á resistirse, no digo cuando se la atropella y se pretende forzar su voluntad, sino hasta cuando desea y se siente predispuesta en favor del hombre que la solicita. Obedece á la misma ley que obliga á la sensitiva á encogerse cuando la toca un objeto extraño, y al tacto á retirarse, al sentir la impresión cercana del fuego.

Este sentimiento es mas ó menos fuerte segun el carácter y el grado de sensibilidad de la muger; pero parece indudable que cuanto mas jóven, cuanto mas bella, altanera é inteligente es ella, tanto mas espontáneo é indómito se revela aquel: por lo que no ha trepido en calificarle de divino un ilustre poeta:

Pudeur, honte céleste, instinct mysterieux,
Ce qui brille le plus se voile davantage,
Comme si la beauté, cette divine image
N'était faite que pour les cieus! (1)

En Emirene concurría además una preocupación muy frecuente en ciertas mugeres de ideas exaltadas y sentimientos delicados. Creía que su culpa se agravaba cometiéndola en el hogar doméstico. Le parecía que era una profanación que debía atraer sobre su cabeza el castigo del cielo: se persuadía, y en esto no iba desacertada, que su recuerdo se gravaría mas indeleble en su alma, porque á todas horas cuantos objetos la rodeaban, conspirarían á traerlo á la memoria, y no podría gozar un momento de reposo teniendo siempre presentes aquellos mudos testigos de su ignominia, como un torcedor en la conciencia, que le echarían en rostro su debilidad.

Si no hubiera sido por esta última consideración, acaso se habría resignado á apurar hasta las heces el cáliz de la humillación y del oprobio, volviendo sin que nadie la forzase al gabinete, no bien se desvaneció su angustioso afán para dar lugar al desaliento y á la prostración del dolor.

Aquel ruido inesperado que tanto terror produjo en el marqués, que pudo oírle claro y distintamente, solo le causó á ella una ligera impresión, que se disipó apenas salvó el umbral; impresión tan fugaz, que cuando se vió libre ni siquiera se detuvo á indagar la causa, ya porque el estado en que se encontraba no le permitía fijar en ella su atención, ya porque estando segura de que don Juan quedó en la sala mientras ella se dirigía al gabinete, por haberse cerciorado bien antes de salir, su idea fija, dominante, exclusiva, no hallaba motivo para alarmarse, y la hacía casi indiferente á todo lo que no emanase ó se refiriese directamente á su marido.

El temor de que notasen en la sala la turbación, la inquietud y trastorno de su fisonomía, y sobre todo, la necesidad de desahogar su corazón oprimido por tan dolorosos y violentos embates, la hicieron refugiarse á la alcoba de su hijo, donde se encerró, ansiosa de examinar con calma su situación, y consultar consigo misma, no ya la resolución que debía tomar, sino los medios de asegurar el secreto y sacar al menos de su deslíz en ciernes, el fruto que anhelaba.

Sentóse en la poltrona que servía para hamacar al niño, apoyó la frente en la palma de las manos, y dejó que sus vagas, confusas y desordenadas ideas, tomasen cuerpo y brotasen claras y luminosas, al roce vivificante de las alas del raciocinio y la meditación.

Los grandes sacudimientos morales producen por lo regular en el pensamiento, ombotado en los primeros choques, una luz instantánea parecida á la del hierro sobre el pedernal. Iluminados por ella, la necesidad nos presta aliento para hacer desesperados esfuerzos, de los cuales no nos creeríamos capaces en un estado normal, y generalmente alcanzamos un resultado que pasada la crisis, nos asombra á nosotros mismos.

A medida que se engolfaba Emirene en sus reflexiones, ensanchábase el horizonte de su inteligencia, y veía desfilir ante sus ojos, unos tras otros, como en los vidrios de un fantástico diorama, los acontecimientos pasados, presentes y futuros, hijos de sus malhadados amores. Su plácida existencia, la paz y felicidad que gozaba antes de conocer al marqués: los disgustos, las humillaciones, los ultrajes que soportó hasta avasallarle: cuando lo hubo perdonado y juzgádole digno de su afecto, los temores, el sobresalto, la lucha de sus principios con las peligrosas sugestiones del amor propio satisfecho y su espíritu novelesco, exaltado y lisongeado por los artificios del diestro seductor, el remordimiento de abusar de la buena fé y confianza de don Juan; y en fin, la conducta pérfida y villana de su amante junto con la espantosa perspectiva de los inevitables males que de todos modos amenazaban alcanzarla mas tarde ó mas temprano... todo se agrupaba en su ardiente imaginación, rica, potente y lujosa, como la espléndida naturaleza del suelo en que nació, presentándole en relieve un cuadro de ligubre colorido, de formas estravagantes y apagados toques, donde se reflejaban, al través de mil sombras fatídicas que empañaban su superficie, los errores, imprudencias y desaciertos que la habían traído hasta aquel extremo, iluminado el abismo en que debía

(1) Lamartine.—Méditations poetiques.

hundirse, por los vivos resplandores de un tardío y es-téril arrepentimiento.

Destacábase en el fondo la figura terrible del marqués, como un genio de desolación á cuya voz se po-nian en movimiento los seres imaginarios que compo-nian el cuadro. Su rostro pálido y sarcástico parecía contemplar su obra, con la misma satisfacción que el ángel rebelde el pecado del primer hombre, el crimen de Cain, ó el cataclismo del globo, al romper el mar sus diques y envolverlo en su húmedo sudario.

Sus miradas lascivas, insolentes y amenazadoras, tan pronto helaban de terror á Emirene, como la lle-naban de una noble indignación, que caldeaba su fren-te, matizaba sus mejillas de un vivo encarnado, y levan-taba su pecho latiendo apresurado. ¡Qué repugnante, qué desagradable le encontraba! y cuánto trabajo le costaba persuadirse que era el mismo hombre que días antes la amaba ó fingía amarla con tanto cariño, respeto y abnegación! y cuánto padecía interiormente al considerar que la había engañado, y que no la que-daba mas recurso que darse por desentendida y entre-garse á él, sin poder quejarse, sin poder confiar su dolor á nadie, ni vengar tamaños ultrajes haciéndole un desproporcionado á la grandeza de la ofensa!

Con gusto habria dado ella en aquel momento la mitad de los años que aun la restaban de vida, por en-contrar un medio, un rayo de luz que disipase las tinieblas que la rodeaban y la encaminase á puerto de salvación. Pero en vano se afanaba, discurría y reca-pacitaba, todos sus cálculos, todas sus combinacio-nes se estrellaban contra la imposibilidad física de destruir en el ánimo de su esposo, la incontrastable fuerza de las pruebas que obraban en poder de Tedarra, y el corto plazo concedido por este para decidirse. El raciocinio, la astucia, los buenos deseos, y hasta la esperanza se desvanecían ante estos dos fatales in-convenientes, como se convierten en vapor ó se volati-lizan los mas duros metales ante la poderosa acción del abrasador elemento, que todo lo aniquila y con-vierte en cenizas, cuando la mano de la naturaleza ó la del hombre ponen en juego su devorante actividad.

Bien considerada la dificultad era insuperable. Porque en efecto, ¿cómo convencer á don Juan que su esposa era inocente, cuando tuviese en sus manos do-cumentos fehacientes, en los que, aun sin estar prevenido contra ella hallaría en la apariencia la prueba ir-refragable de su culpa? ¿Cómo hacerle creer que la mayor parte de aquellas cartas habian sido escritas con el objeto de engañar al marqués, y que fingiendo corresponder á su amor, se referían á hechos insus-tanciales y sin ninguna consecuencia?

Quiero que el lector juzgue por sí mismo: voy á co-piar (yo soy muy aficionado á llenar papel sin trabajo) algunas de esas cartas con su correspondiente glosa, cuando sea necesario, para que se vea si eran fundados ó no los temores de Emirene.

La circunstancia de ser muy cortas en general, pues el bello sexo, en tratándose de dar, es avaro hasta de las palabras pronunciadas ó escritas, me habilita para transcribirlas íntegras por su orden cronológico.

No se olvide que al principio, Emirene aparentó estar extraordinariamente apasionada de Tedarra para ponerle en el grado de exaltación que deseaba, como queda ya sentado en el capítulo VI del tomo III.

Documento. Núm. 1.

«Si tuviera vanidad, hoy perdería del todo la cabe-za, pero no quiero en el juego quedarme sin nada y solo perderé mi corazón... ¡pobrecillo!... si él hubiera podido imaginar á las manos que iba á parar, se ha-bria estado quieto... paciencia, pues, porque ahora está enteramente perdido.

«Escribo de pié y temblando. Adios, hasta luego.»

Núm. 2.

«Dice vd. que no le amo y que no soy capaz de amar. La única respuesta que puedo darle, aunque no debia, es que le adoro con pasión, con frenesí, con delirio... y que me siento capaz de todo, de todo, Eduar-do, por merecer el cariño del único hombre que me ha hecho suspirar por mi perdida libertad, y sentir per-tener á otro... ¡Ah! ¡por qué no conocí á vd. antes!»

Núm. 3.

«Es preciso tener paciencia todavía hoy. Siendo usted enemigo de esplicaciones no le daré ninguna, y solo le diré que su página verde tendrá que quedarse en blanco.

«Prevo su descontento, pero no está, como otras veces, en mi mano el evitarlo.»

La página verde se refería á una frase del marqués con la que significaba que el libro de su vida tenia pá-ginas de distintos colores, y que en la verde apuntaba los sucesos mas felices de su existencia. El día anterior, habíale Emirene empeñado su palabra de respon-derle definitivamente sobre una cita que le habia pedido hacia tiempo, y que ella prometió sin reflexio-nar. Se ve que la negativa no pudo ser mas diplomática é ingeniosa.

Núm. 4.

«Amigo querido. Ayer me sentí tan mal, que tuve necesidad de guardar cama todo el día; hoy sin estar buena me siento mejor. Mi amable doctor me volvería la salud y con ella la alegría; pero no obstante el pla-cer que de esto me resultaría, quiero sacrificarlo para no perder para lo venidero el bien que me hacen sus visitas.

«Mañana nos veremos; hasta entonces le envío pa-ciencia y amor.»

Esta misiva se refería á un leve resfriado que tuvo Emirene y le sirvió de pretexto para no ver al marqués

en tres días. A eso alude la paciencia y el amor que le enviaba.

Núm. 5.

«¡Alma mía!»

«Que pudiera decirte que te hiciera pensar mucho muchísimo en mí? No sé, y solo me ocurre «hasta luego.»

A consecuencia de una enérgica y furibunda epístola de Tedarra, habian convenido en tutearse cuando se escribían, nada mas que cuando se escribían, pues Emirene nunca consintió que estando solos la tratase con mas franqueza que delante de gentes. Decía con mucha gracia que la demasiada sonriente engendraba la familiaridad y hasta el desprecio.

El picaresco «hasta luego» que parecía indicar alguna ansiada y misteriosa entrevista, estaba puesto solo para denotar que le vería esa noche en el teatro, y que el marqués, como solia, iría á llevarle yemas al palco y á recibir en cambio las que ella le brindase. Galantería que se lleva al escaso en América, y que carga espantosamente, cuando uno se ve obligado á ofrecer dulces á quien de buena gana daría arsénico ó una toma de emético que le hiciera echar los bofes.

Núm. 6.

«Estoy desesperada... Mi marido, tata, el virey, Nadai, el conde... el infierno está en casa. Manda mañana á las doce al cuervo; te idolatra tu...»

El cuervo era el n. grillo del marqués, especie de groom, que á pretexto de ver á una supuesta tía suya, (farsa urdida por Tedarra) comprada hacia poco por don Juan, entraba sin que lo notasen y llevaba y traía las cartas, cursando la tercera bajo la dirección de un catedrático tan excelente y entendido como su amo. Es preciso ser justos, y dar á cada uno lo que le pertenece.

Núm. 7.

«Aunque eres, Eduardo, muy exigente, trataré de complacerte... pero ¿me juras que no desmereceré de tu aprecio? ¿No me harás nunca arrepentir de haber confiado ciegamente en tu pundonor y delicadeza? ¿Me amarás siempre?...»

Alude al retrato que tenia concluido y no queria dárselo para hacérselo desear mas.

Núm. 8.

«Te quejas... ¿y qué diré yo? ¡Ah! son muy egois-tas los hombres; la menor contrariedad les hace olvi-dar los sacrificios que les hemos prodigado, y dudan y desconfían de quien daría la vida y espone mas que la vida, por verlos risueños un momento. ¡Ingrato!...»

S. E. se lamentaba con razon de que le estaban engañando como á un negro y ella trataba de probarle con las bellas frases que anteceden, de palabra, no de hecho, que era muy desgraciada, puesto que él no com-prendía la inmensidad de su pasión bucólica-aereo-poética-bíblico-ascética.

Núm. 9.

«He leído tu carta y he vertido lágrimas de remor-dimiento, Eduardo... ¡Ah! ya necesito compasión é indulgencia... ¡Por Dios! no me hables nunca de mi marido...»

Exasperado el marqués de la resistencia que en-contraba en Emirene, y de ver que esta se escudaba siempre con sus deberes de esposa, escribióla una es-tensa misiva, en la que se permitía algunas chanzas un poco pesadas y groseros sarcasmos contra don Juan, lo cual produjo en la agradecida jóven un efecto totalmente contrario al que él imaginara: pues lloró y tuvo, en efecto, remordimientos de su proceder, y poco le faltó para que cortase unas relaciones que tan malos ratos la ocasionaban.

Núm. 10.

«¿Haré lo que me pides... ¿Acaso puedo ya negarte cosa alguna?...»

La petición se reducía á que fuese esa tarde á pa-sear á pié con la condesa por los pintorescos alrededores de la ciudad, para que el marqués pudiese ha-cerse el encontrado, incorporarse á ellas, acompaña-rarla del brazo, etc.; pero en realidad el fin principal que se proponía, era ir á acostumbra á que le viese fuera de su casa, hoy con una amiga y en un parage público, y mañana sola y en otro lugar mas á propósito para conversar con toda franqueza y co-modidad.

El segundo periodo, que da á entender habia lle-gado para Emirene el triste caso de no tener nada que conceder, lo que equivalía á declararse en quie-bra, era solo uno de esos rasgos de su ingenio travieso y festivo, uno de esos chistes tan fre-cuentes en ella, cuando estaba risueña, queria esqui-var una respuesta ó libertarse del que la importuna-ba. Atosigábase el de Araure todos los dias con nue-vas exigencias, cual rabioso litigante, hostigado por la cólera y la avaricia, reclamando siempre, en últi-mo resultado, lo que no entraba en los planes de la demandada ó otorgarle. Cogióla una mañana de buen humor, y consintió en prestarse á uno de sus deseos, por cuanto le pareció sin consecuencia, toda vez que su amiga Pilar debía acompañarla; pero para diver-tirse luego con el enojo, las representaciones y pro-testas del quejumbroso galán, añadía irónicamente, como si le hubiera concedido cuanto estaba en su mano, como si hubiera satisfecho una por una, con real magnificencia, cuantas libranzas girara él contra el tesoro de sus gracias: «¿Acaso puedo ya negarte cosa alguna?...»

Núm. 11.

«Deseaba tanto como tú algunos instantes de aban-dono y dicha; pero nuestro infernal destino quiere,

que hoy como otras veces, sea imposible. No te pido paciencia, pues esta tambien se acaba; pero haz un esfuerzo y gozará yo sola el placer indecible de verte. Te espero.»

El abandono y la dicha se redactan á conversar dos horas sin testigos sobre el tema cotidiano, sa-tisfacción de que se veian privados hacia dias por una indisposicion de don Juan, como ya di cuenta; y gozar ella sola el placer indecible de verte, reduciéndose que pasase Tedarra por la vereda de enfrente, estando ella en el balcon, y se detuviese algunos minutos en el confín de la calle. Ventura inefable que le agradaba tanto al marqués, como si le arrancasen un par de muelas ó le aplastasen las narices de un garrotazo.

Núm. 12 y último, no porque falte material sino por no aburrir al pacientísimo lector.

«Por única respuesta á tus injustas suposiciones, te repito que existe entre nosotros un vínculo, que ni aun nuestra propia voluntad puede romper, y que deslabona nuestras almas mas allá de la tumba, mas allá de las mezquinas y transitorias afecciones de la tierra.»

¡Misticismo puro!... el tal vínculo que cualquier persona sensata, al verlo en un billete de amores creeria con razon era un ingerto de la referida planta originario de algun vínculo de los que se estilan por el mundo, era simplemente una figura retórica, una metáfora con la que Emirene queria espresar la iden-tidad y similitud de sus sentimientos, inclinaciones e ideas, las cuales no podian debilitarse con los años variar con las circunstancias, ni extinguirse con la destrucción de la corteza material, porque, emanando del espíritu, debían ser eternas é indestructibles como él. Santa, consoladora y vándida creencia que revela-ba la sincera piedad y la pureza de su alma ¡rasgo su-blime de una imaginación poética hasta en sus estravi-os, que trataba de dignificar anudándolos con el lazo de la fé, y remontándose en alas de la religión de la esperanza hasta el radiante trono del Altísimo para sorprender allí el dogma mas bello de las doc-trinas del Crucificado: la inmortalidad de alma!

Heme detenido de intento en la anterior correspon-dencia, porque los documentos originales siempre han tenido para mí un mérito inapreciable, y porque me interesaba hacer notar la facilidad con que se presta á mil siniestras interpretaciones lo que se es-cribe bajo la impresion de ciertas influencias y con el alma combatida por encontrados sentimientos. El misterio, la reserva, la necesidad de hablar á veces en un lenguaje figurado, el fuego de la pasión, el abandono de la incertidumbre, y sobre todo, la ciega confianza é imprevisión de la virtud, dictan frases inspiran pensamientos que, para el que no está en antecedentes, ora los mire con la calma fria é indife-rente de la razon tranquila; ora los examine á la luz tenebrosa de los celos, ó de otro cualquier senti-miento capaz de hacerle parcial é injusto, le presen-tan la confesion espesa de faltas que no existen sino en apariencia. Las palabras son terminantes y claras y como las palabras representan ideas, y las ideas he-chos, resulta que verificada la identidad de la per-sona que las escribió, es forzoso admitir las conse-cuencias que se desprenden de los hechos confesados como en un vale ó pagaré, trascurrido el plazo que marca la ley y reconocida la firma por el deudor, que no puede probar la escepcion que alega, no le queda mas remedio que llamar al diablo, si gusta, para con-solarse, y pagar en el acto, aunque no haya recibido un ochavo de la cantidad que en la escritura se con-fiesa.

Adquieran doble fuerza las suposiciones anterior-es, si á un hecho capital y de la trascendencia de los referidos, se añaden otros nuevos, que aislados, bas-tarian para decidir la cuestion y desvanecer cualquier duda si alguna hubiese. Además de las cartas, media-ban en el caso presente un retrato y una llave, prendas que habian salido directamente de las manos de Emi-rene, lo que no podia ella negar aunque quisiera. ¿Qué juez por recto é imparcial que fuese no la habria con-denado en vista de tales pruebas? ¿Qué marido, á me-nos de ser un santo, ó un tonto, no la hubiera creído culpable, por mas que jurase y perjurase que ni el pensamiento habia faltado á sus deberes? ¿Y luego quién ahogaría la invencible voz de la calumnia, me-neda que adquiere mayor valor, y se pone mas bus-trosa y flameante á medida que circula, pasando de mano en mano, segun la feliz espresion del mas cé-cundo dramaturgo moderno? ¿Qué eco no encontraría apoyada por un hombre tan digno de crédito como el marqués, á quien le bastaba enamorar en público á una muger para comprometer su reputación? ¿Y au- cuando don Juan por un exceso de generosidad ó im-becilidad que no era de esperar, se olvidase de sí mis-mo hasta el extremo de cerrar los ojos, único medio pa- ra no ver los que salta á ellos, no alteraría su reposo no turbaría su sueño, no emponzoñaría su paz domé-stica ese zumbido sempiterno, implacable y monótono compuesto de las mil voces y aullidos de la calumnia, la maledicencia, la estupidez, la hipocresía y todas las ruines pasiones que se agitan en las entrañas de la sociedad, como hambrientos lombrices en el estómago de un niño valetudinario, ó famélicos gusanos en los corrompidos miembros de un cadáver?...

Pero todas esas observaciones pierden su valor, si medirá, puesto que don Juan estaba convencido de la inocencia de su esposa. No lo niego en cuanto á él, mas en lo que respecta á Emirene afirmo lo contrario, porque esta ignoraba hubiese un tercero iniciado

sus secretos, y que este tercero fuese justamente su marido. ¡Oh! si hubiera sabido que don Juan había escuchado palabra por palabra la conversación que tuvo con el marqués tres días antes: si hubiera sospechado solamente que no necesitaba justificarse y que le bastaba un juramento para ser creída, esa mañana ella se hubiera arrojado á sus pies sin vacilar, y le habría descubierto la verdad.... Ahora ya era tarde. La espada de un asesino se interponía entre ambos, y no había indecisión en su pecho generoso hasta el martirio, entre abandonarse á él, en la imposibilidad de resistirle, como á un bandido que la asaltase en un camino, ó á un vil que la adormeciese con un tósigo, y salvar la vida de don Juan.

Solo en Dios y en su paternal providencia quedaba amparo á la infeliz, y en él puso su esperanza. El sentimiento religioso, siempre profundo y veraz en los desgraciados, despertóse en su corazón mas irresistible y vehemente que nunca. Cayó de rodillas, é invocó el auxilio de la Virgen, la madre inmaculada de Jesucristo, á la que se dirigía siempre con sus penas y alegrías. Oró fervorosamente. Pidióla protección y favor: ofrecióla, si la sacaba con bien de los peligros que la rodeaban, dotar ventajosamente á dos huérfanas, distribuir cuantiosas limosnas entre los hospitales de la ciudad, no asistir en tres años á los teatros, bailes, tertulias, paseos, ni á ninguna de sus diversiones favoritas, y finalmente, vestir por el mismo periodo el hábito de monja carmelita.

La magnitud de estos sacrificios, que hubiera ciertamente cumplido por la sinceridad con que los ofrecía, la fortaleza de sus principios religiosos, y el respeto y veneración con que miraba todo lo que tenía relación con los dogmas de la fe, demuestra cuan inminente consideraba ella el riesgo que la amenazaba, y el anhelo ardentísimo, profundo, inmenso con que deseaba evitarlo, para conservarse pura, y no comprometer su felicidad y la de don Juan. Para ser siempre digna de él, no abrigar el atroz remordimiento de haberle engañado, y no tener que morir de vergüenza si algun día llegase á descubrir su estrayio.

Su breve, pero fervorosa oración mitigó su quebranto. La angustia, los temores, el sobresalto, el mal estar que la oprimían momentos antes, desaparecieron. El bálsamo de la religion cristiana, de ese convencimiento de que tal es la voluntad celeste, á que siempre tiene que apelar el mortal, para no desesperarse y blasfemar de la divinidad, cuando se siente anonadado bajo el peso de la desgracia, derramóse en su abrasado pecho como refrigerante tónico en las venas de un enfermo devorado por la fiebre. Corrieron algunas lágrimas de sus bellos ojos, exhalaron sus labios un suspiro, y se puso de pie mas tranquila y conforme con su suerte, mas dispuesta á aceptar las tribulaciones que Dios fuese servido enviarla.

Probablemente habria seguido en sus meditaciones giesando, descomponiendo, analizando, y examinando bajo mil fases distintas, el mismo tema, valiéndose para ello sin notarlo, de las infinitas formas que toma el pensamiento cuando una idea fija le domina y persigue, á no haber sentido empujar fuertemente la puerta.

—¿Quién es? preguntó, incomodada de que viniesen á arrancarla de su meditacion de un modo tan brusco y sin acordarse que en la sala, ya la estaban echando de menos.

—Yo, señora, contestó la nodriza, y algunas exclamaciones y golpes dados en la puerta por Ramiro, la recordaron que era la hora en que acostumbra dormir, y que el ama le traía con ese objeto.

—Vd. perdonará, señora, dijo esta al entrar, no sabía que estaba vd. aquí, si no hubiera hecho dormir al niño en otra parte.

—¿Pues qué horas son? preguntó Emirene, tomando y besando á su hijo que le tendía los brazos

—Cerca de las nueve.

—¿Tan tarde ya!... vamos, corazón mio, dame otro beso y hasta mañana....

—La señora condesa, repuso la nodriza con intención, me ha preguntado por vd. no hace mucho.

—¡Ah! exclamó Emirene golpeándose la frente y entregándose apresuradamente el niño: se me había olvidado.... Mira si tengo descompuesto el peinado ó el vestido.... me sentía un poco indispuesta y me reconste en esa cama.

La nodriza sentó al rapaz en la cuna, tomó un peine del tocador de su señora que quedaba en la pieza inmediata, le alisó los cabellos, ensortijó algunos de los rizos de delante que se habían deshecho, y le arregló el vestido con la ligereza y maestría propia de las mujeres en las cosas de su jurisdiccion.

Mojó Emirene la punta de una servilleta en agua y se la pasó por los ojos, las mejillas y la frente. Miróse al espejo y no pudo menos de sonreírse, al encontrarse tan hechicera y encantadora como siempre. Sus tristes ojos habían recobrado en un momento su brillo fascinador; su frente sombría, su tersura y diáfana transparencia; y sus pálidas mejillas el ligero tinte de rosa que las matizaba, cuando otra emociion de dolor ó placer no aumentaba ó desvanecía su hermoso colorido.

Apresuróse, pues, á salir antes que algun ingrato recuero viniese de nuevo á perturbar su calma: pero al pisar el umbral, oyó la voz de su hijo que la llamaba; volvió la cabeza para verle, y alguna idea dolorosa, algun fatal presentimiento prensó su corazón, porque se asomaron dos lágrimas á sus ojos, se arrojó á la cuna, le tomó en brazos, y despues de besarle re-

petidas veces, quedóse estática contemplándole mas de un cuarto de hora, con indecible embeleso mezclado de profunda tristeza, ternura y maternal cariño.

La presencia de la condesa la sacó de su arrobamiento. Traía la de Abancay un gesto diabólico, y sospechando Emirene la causa de su mal humor, y conociendo que deseaba hablarla á solas, entregó el niño al ama, y se dirigió con ella á la sala.

CAPITULO VIII.

Astucias de negro.

El proceder del marqués, como le indicamos antes, no era solo efecto del deseo de concluir de una vez aquella interminable conquista; las maquinaciones políticas en que andaba metido hacia tiempo, le obligaban á alejarse de Lima por algunos meses. Los revolucionarios de Venezuela en relacion con los ingleses, le escribían participándole un proyecto en el que le asignaban la mas bella parte. Ya he dicho que la ambicion devoraba su alma y que estaba iniciado en la famosa conspiracion de don José España que produjo tan tristes resultados.

Gastado prematuramente por los excesos y placeres, necesitaba emociones muy fuertes y violentas para sacudir su indolencia y vencer el hastío, que á veces se apoderaba de su espíritu; y solo una muger como Emirene, y los obstáculos que surgían á cada paso, pudieren detenerle en Lima, empeñándole en llevar á cabo su aventura.

La privacion engendra el deseo y las dificultades lo magnifican: lo que al principio era un capricho, que se hubiera desvanecido á haberse mostrado la criolla, menos severa, transformóse en un ansia irresistible, en un desasosiego é inquietud febril, semejante á que experimenta el viajero en los ardientes arenales del Arabia, cuando engañado por los ardientes reflejos del sol, cree divisar en lontananza alguna linfa pura y cristalina donde saciar la devorante sed que le abrasa las entrañas.

Los hombres de voluntad enérgica, á trueque de cesar en sus padecimientos é incertidumbre, no vacilan, adoptan una resolucion cualquiera, y echan por el atajo como se dice vulgarmente. A veces se levantan la tapa de los sesos por librarse de una ligera indisposicion. Conoció á uno que se degolló, porque le dolían las muelas al tiempo de afeitarse.

Esto me ha hecho creer que el que no se da un tiro cuando le pica una mosca, carece de sentido comun: porque al fin la vida no vale la pitada de un cigarro, y para lo que se saca de este mundo, siempre haciendo las mismas cosas, comiendo, bebiendo, durmiendo.... maldito lo que se pierde con ir á visitar nuevas tierras y aprender prácticamente la Gerga fria, (Geografía) siquiera para tener el gustazo de ver si por allá se hacen las mismas cosas, y hay el mismo teje-maneje que por acá. A veces estoy tentado de seguir el ejemplo de aquella Milady, que despues de haber leído un trozo no sé de qué autor (creo que de Platon) escribió sobre la chimenea un distico concebido en estos términos:

«Dudo todavía y voy á desengañarme.»

y se ahorcó en seguida con una sábana. Recomiendo la receta á los que tengan alguna duda.

El marqués, pues, queriendo salir de aquel estado de indecisión, como hombre de fibra, habia apelado en vano al recurso sultánico que hemos visto mas atrás, y esperaba ahora á Yuca con la impaciencia que es de suponer, no con la cristiana intencion de despedirse de él para poner término á sus días, cual digno y fuerte varon, *impavidum feriens ruina*, sino para pedirle consejo y encomendarle que tratase de hablar con su señora, en tanto que él iba á su casa á traer las cartas y el retrato.

El negro, con todo estudio, se habia entretenido para hacerle creer que llenaba fielmente su cometido, y cuando pasó la hora, se presentó con aire abatido respondiendo á las vivas interpelaciones de su interlocutor con las siguientes brevisimas palabras:

—Por mas esfuerzos que he hecho no me ha sido posible verla.

—¿Dónde está?

—En la sala.

—¿Y no ha salido?

—No señor.

—¿Ha empezado la partida?

—Sí.

—¿Quién talla?

—El conde de Abancay.

—¿Ella está en la mesa ó en el sofá?

—En la mesa.

—¿Cerca del conde?

—Cerca del conde.

—¿Infame!....

Hubo una breve pausa; el marqués dió dos vueltas por el gabinete y continuó:

—Pues es necesario, indispensable que hables con ella.

—¿Y cómo? ¿sino sale?

—Es verdad!... ¡Diantre!... idea un arbitrio.... ¿no te se ocurre nada?

—¡Nada!

—Piensa, hombre.... que ya estoy medio trastornado. Tengo una fiebre espantosa.

Y se apretó la frente que brotaba fuego, en efecto,

caldeada por las fuerzas impresiones que habian sacudido todo su ser, amen de algunas copas de Champagne y Jerez que tenia en el estómago.

Yuca hizo que meditaba, y á poco añadió.

—Se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Que escribais cuatro renglones.

—¿Para qué?

—Para que ella en un plazo dado, acuda al parage de la cita á que aludiais no ha mucho.

—Nombre, tienes razon.

—Conventrá que apunteis la calle y el número de la casa, si lo ignora ó se le ha olvidado, para que no tenga escusa.

—Pero.... siempre hay el mismo inconveniente....

—¡Oh!..... no.... una carta, no siendo delante de mi amo, se le puede entregar sin peligro. Hay mil pretextos....

—Pues á ello; exclamó el de Araure, dirigiéndose á la cartera, tomando una cuartilla de papel y escribiendo precipitadamente; no perdamos el tiempo.... mientras yo me llevo á casa, tú la pondrás en sus manos.

Apoyado en el borde de la mesa, seguía Yuca con avidez los rápidos caracteres que trazaba, y cuando le vió poner el nombre de la calle y el número de la casa, objeto principal del encargo que le hiciera su amo, una indefinible espresion de alegría animó su rostro.

El marqués ignoraba que supiese leer y escribir, y estaba tan preocupado por sus ideas que no reparó la atención con que el negro clavaba sus ojos en el papel.

No bien hubo concluido dobló la misiva, y sin ponerle lacre se la entregó, recomendándole la mayor reserva y reiterando sus ofertas de recompensarle de una manera digna de sus servicios.

Yuca volvió á insinuarle que no le servia por interés y que solo anhelaba vengarse.

—Venganza y cumplida tendrás si me sirves con lealtad.

—Ese es todo mi anhelo.

—Escuso decirte que cualquiera que sea la respuesta que te dé, la pongas en mi conocimiento al instante.

—Os esperaré en la puerta de la calle....

—No: será mejor, si tardo, como tardaré, que te pases por casa. Tal vez me entretenga allí mas de lo que creo, y en todo caso me conviene volver aqui, sabiendo ya á qué atenderme.

—Descansad, pronto sabreis el resultado de mis operaciones.

—¿Prudencia, Yuca!

—Paciencia, mi amo, que con ella se gana el cielo. repuso el negro con aire adulator, despidiéndose con la mano, y desapareciendo como si le faltase tiempo para ir á poner fuego á la mina que habia preparado.

Tedarra cerró la puerta del corredor y la de la escalera, y se metió la llave en el bolsillo.

La llave y el retrato debian ser, caso que Emirene se resistiese, las pruebas de los documentos fehacientes que pensaba someter á la consideracion de don Juan en la forma y modo que espresaré mas adelante.

En dos brinco se puso en su casa: no hay nada que nos haga mas ágiles que el aguijon del deseo, del miedo ó el peligro. El que va á una cita, ó á recibir dinero,

Andando corta como naípe el viento (1).

el que teme algo, ó se asusta sin saber de qué, hiede los espacios mas rápido que un gamo; y el que se ve perseguido, no corre sino que vuela; el canguelo le sirve de locomotor, y salva las distancias con mas velocidad que los tan celebrados wagones de los caminos de hierro. No á otra causa debe atribuirse la manera maravillosa como se salvan siempre los caudillos de las facciones (2) vencidos y vencedores, dominados por el susodicho canguelo, á lo mejor disparan por distinto rumbo y el cabezalla pisa la frontera sin que nadie salga á cortar el paso. A los pocos dias vuelta á entrar en el territorio prohibido y vuelta á repetirse la misma funcion. Y así ganan muchos cruces, medallas, grados, y hasta los entorehados de general. Buen provecho les haga, que los pobres los han adquirido con el sudor de su frente, derramando heroicamente su sangre en cien campos de batalla, para sellar con ella el juramento que hicieron de ser libres ó morir, sosteniendo las instituciones, las libertades patrias, los dogmas sacrosantos de la religion y las gloriosas tradiciones de sus ascendientes. *Arma virumquecano.*

Lo primero que hizo el marqués al llegar á su casa, fué verificar un rápido escrutinio en las cartas de Emirene, teniendo especial cuidado, como le indicó en su conferencia, de eliminar las que daban á entender que sus relaciones no habian pasado del estado que aconsejaba Platon, para la perfecta idealizacion de los afectos terrenales.

Escribió cuatro renglones dirigidos á don Juan, un anónimo en el que iba envuelta una calumnia infame, hija de los celos y de la desesperacion, pero que asimismo no le disculpaban: puso el retrato y la llave dentro del paquete de las cartas, y le ató con una liga robada á Emirene.

(1) Zorrilla.—Epist. al director de la Risa.

(2) Esto es en América, felizmente en España no sucede eso.

La había sacado de su costurero sin que ella lo advirtiese, una tarde que entró en el pabellón, y llamándole la atención la delicadeza del bordado, la tomó para examinarla de cerca. Con el objeto de embromar á su dueña se la guardó en el bolsillo. Luego se le olvidó distraído con la conversación, y se la llevó á su casa. Pasaron algunos días, y como Emirene no la echaba de menos, resolvió quedarse con ella, á fin de hacer valer algún día esta nueva prueba de su vehementísima pasión que hasta al robo le impulsaba.

La mala estrella de nuestra divina Estrella, hacia que obrase en poder de su enemigo por tan fatal casualidad, ó mejor diré, abuso de confianza, un dato más para acabar de perderla.

—¿Qué vale una liga? dirán, ¡bah!... una liga vale mucho, lectoras, y la misma palabra os lo está patentizando. Significa alianza, unión, mezcla de materias diversas, lazo para atraer á las avecillas incautas, la tercera persona del indicativo presente del verbo de su nombre, y finalmente, la cinta, cuerda, trazo ó colgajo que os atais en las pantorrillas; y sin metermé á investigar todas las inducciones á que podía dar margen en manos de un hombre como Teddarra, os recordaré solamente que,

De los disgustos, desastros,
Y crímenes y tragedias,
Que las ligas han causado
Están las historias llenas (1).

y estoy cierto convendréis conmigo en que maldita la gracia que debía hacerle á don Juan, encontrarse con un anónimo, una colección de billetes del género anacrónico escritos por su muger, un retrato, una llave y por apéndice una liga! Esto equivalía á machacar en hierro caliente, ó á darle tras un palo una estocada, tras un insulto un bofetón, tras un sofoco un ataque apoplético fulminante que lo echase á la sepultura en seis minutos. De todos estos circunloquios tengo que valerme para no usar cierto refrán subversivo y abrumador en teoría, no obstante que en la práctica tiene diariamente una aplicación inmediata.

Yuca entretanto, no bien se separó del marqués, fuese en demanda de su amo, que apenas le vio cruzar por la sala, mediante la señal convenida, se apresuró á ir á reunirse con él en su despacho.

—Y bien, ¿has averiguado, le dijo, lo que te encargué?

El esclavo en silencio le entregó la carta de Teddarra.

Abrióla el castellano con mano temblorosa y leyó lo que sigue.

«Después de lo que ha pasado, fuera necesidad é hipocresía en los dos, procurar engañarnos mutuamente. No alcancó la razón de ser tratado con mas crueldad que el virey, el conde y el señor de Alzaiibar. Todo lo sé, reina mía. Si antes de media noche no estais en la alameda como convenimos, ni Dios mismo os librará de mi venganza. Vuestro marido sabrá vuestras proezas que han llegado á mi noticia por una casualidad, y haré al pie de la letra lo que os dije en el pabellón.

«Como creo inútil, esusado y soberanamente ridículo disfrazaros por mas tiempo la verdad, como no se os oculta cual es el objeto único de mi petición, os advierto que si no queréis irme á esperar á la alameda, en la calle del Carmen, núm. 109, vive la señora doña Lupercia Garduña, la cual está prevenida, y os conducirá sin hablaros á una sala digna de recibiros, aislada é independiente.

«Escuso preveniros que desde que entreis hasta que salgais, podeis guardar el mas rigoroso incógnito.

«Escojed... media hora de abandono y felicidad, ó vuestra deshonra y la muerte de don Juan.—Araure.»

Empalidicó el hidalgo al leer este insolente billete, y volvió á fijar en él sus ojos, repitiendo en voz baja las frases que mas le habían llamado la atención.

—Pero ¿qué es lo que pasado? preguntó con ansiedad, sintiendo en el pecho el torcedor de los celos; ¿qué proezas son estas que se refieren al virey, al conde, y sobre todo, á ese coplero que no puedo ver y que la distingue tanto?

—Señor, contestó el negro apresuradamente, solo os diré que no hagais caso de lo que ahí se espresa, porque todas son embrollas mías.

—¿No me engañas, Yuca?

—Os juro que no.

—Pues esplicame....

—¡Imposible! va á venir el marqués en seguida.

—¡Ah! es cierto....

—Y es preciso entregar ese billete á la señora cuanto antes.

—Tambien es verdad.

—Y urge ir á casa de esa bruja y ganarla.

—¡Sí! ¡sí!... ¿tienes dinero?

—El marqués paga.

—¿Cómo?

—¡Sí, mirad!...

Sacó Yuca el bolsillo que le había regalado Teddarra y se lo mostró á su amo, haciendo sonar el oro que contenía.

—Es original! exclamó don Juan con una sonrisa amarga y sardónica, él mismo facilita los medios para su ruina.... ¿Te ha costado mucho trabajo enganarle?

(1) Ab-namar. Las ligas.

—Bien: vuélvome á la sala y haré que Emirene salga para que le entregues cuanto antes esa carta y te yayas á casa de la Lupercia. Si la cantidad que has conseguido del marqués no fuese bastante, ya sabes, en ese escritorio tienes todo el dinero que necesitas.

—Creo que con eso sobraré.

—Mejor: me pone alegre la idea de humillar y vencer á ese fatuo con sus mismas armas.

—Siento pasos.

—Escóndete, no sea Emirene.

Contigua á la pieza donde don Juan tenia su despacho, había una pequeña alcoba con una cama, en la que el hidalgo solía dormir la siesta en tiempo de verano y recostarse á veces, cuando abrumado por el trabajo se sentía con el cuerpo molido y la cabeza sobrecargada. Allí se escondió Yuca.

El nuevo personaje que vino á interrumpir su conferencia era Nadaal.

Había perdido todo el dinero que llevaba á una maldita sola, y acudía á don Juan para que le armase.

El, la condesa y tres ó cuatro mas eran los paganos. Con la misma pretension la de Abancay solicitó momentos antes á Emirene, cuando se encontraba en el cuarto de la nodriza con su hijo en los brazos.

Los que juegan fuerte, pierden á una carta lo que tienen á mano, y como no es propio ir cargados como un burro, resulta que abren cuenta corriente con el tallador ó el dueño de la casa, cuando no se han acordado de enviar con anticipación un par de talegas por vía de reserva.

Dió Serelar á su amigo cincuenta onzas que le pedía, y se encaminó con él al lugar de la batalla.

Yuca salió de su escondite, y fué á apostarse de avanzada en el pasadizo de la sala.

A poco apareció Emirene. Don Juan fingió que había perdido su pañuelo y ofreciéndole ella el suyo salió á buscar otro: el negro se le acercó, diciéndole á media voz, al entregarle la carta:

—El señor marqués me ha dado este papel....

—¿Y tú lo aceptaste?... preguntó ella sorprendida y recelosa, conociendo su incorruptible fidelidad.

—Me dijo que se trataba de la vida de mi amo, y.... no vacilé.

—Ven conmigo, repuso Emirene tomando la carta, no sin echar antes en torno suyo una mirada é desconfianza y cerciorarse que nadie los observaba.

Cuando la altanera jóven pasó la vista por aquella injuriosa misiva que parecía escrita para una desprezible cortesana

A quien con desden se tira
Una moneda despues,

no para una persona digna de todos los respetos y consideraciones que reclaman su buena cuna, su esmerada educación, su delicadeza y la posición que ocupa en la sociedad, dos lágrimas de indignación y despecho resbalaron por sus mejillas.

—¡Ah! se dijo, esta era la última afrenta, ¡Dios mío! me humilla y me escarnece. Crece que si no me entrego á él, es por capricho nada mas, puesto que ya he tenido tres amantes. Acaso su proceder tan infame y desleal sea hijo de esta creencia....

Y volviéndose á Yuca que la contemplaba como indiferente y distraído, díjole con el mas profundo desconsuelo:

—¡Por Dios! ¡que no lo sepa don Juan!

—No lo sabrá, señora, pero necesito dar una respuesta al señor de Araure.

—Dile....

Emirene titubeó; se avergonzaba de confiar su secreto á un esclavo por mas que le estimase y creyese que no la vendería.

—¿Qué he de decirle, replicó Yuca como pesaroso y resentido de su desconfianza, va á volver.... y para evitar una mala inteligencia....

—Nada: dile solamente que me has entregado la carta.

—No se dará por satisfecho.

—Haz lo que te mando y no repliques.

Yuca se alzó de hombros y se encaminó á la puerta. Su ama le llamó.

—Dime ¿no has leído esta carta?...

—¡Señora!... contestó el negro, admirado de semejante pregunta y como si se le infiriera un grande agravio solo con sospechar de su buena fé.

—Te lo pregunto, porque como viene abierta....

—No me conocéis aun.... yo no abuso jamás de la confianza que en mí se deposita.

—¡Perdona, mi buen Yuca, no es mi ánimo ofenderte!... vuelvo á suplicarte que guardes sobre el particular el mayor sigilo.

—Este secreto se enterrará conmigo en la tumba.

El tono de verdad con que el astuto sirviente se espresaba, y la circunstancia hábilmente esplotada por él, de haber cedido solo ante la consideración del riesgo que corría la vida de don Juan, tranquilizaron á Emirene; con todo, desconfiando siempre del grande efecto que profesaba á su marido, no se atrevió á ratificar sus sospechas, accediendo á la solicitud del marqués, á pesar que estaba resuelta á hacerlo así, en la imposibilidad de salir de otro modo del laberinto en que se veía perdida, sin tener como Teseo un hilo salvador, que la guiase en sus tortuosas é intrincadas sinuosidades.

Su situación era idéntica á la de un desgraciado que, suspenso de una frágil rama, en el borde de un torrente, pugnase en vano por encontrar con los pies

un punto de apoyo en las resbaladizas rocas, y oyendo el mugido de las aguas que descienden en tumulto y pasan rebromando por encima de su cabeza, siente que las fuerzas le faltan por momentos, que sus miradas se desvanecen, y que su mano trémula abandona la rama, para desaparecer en el cauce atronador que abre su enorme boca para tragarse, sin que él, por mas esfuerzos que haga, pueda librarse de su poderosa atracción....

No le costó mucho trabajo al sagaz negro traslucir las intenciones de su ama; mas le pareció oportuno hacerse el desentendido, y se apresuró á marcharse para informar al marqués, dar felice cima á su doble cometido, y rematarle en la calle del Carmen, en casa de la Lupercia.

A la mitad del camino tuvo la suerte de encontrarse á Teddarra.

—¿Qué tal? le dijo él, con su fatuidad acostumbrada, ¿ha surtido efecto mi ejecutiva real orden?

—Sí: pero me ha parecido notar que piensa resistir hasta el último trance.

—¿Nada te ha dicho?...

—Que os previniese que la carta quedaba en su poder.

—¿Por lo visto se figura que no soy capaz de cumplir mis amenazas?

—Hay algo de eso.

—¡Pues se va á llevar un chasco!

—Sed implacable.

—¡Oh! ¡sí!

—No consentais por ningún pretexto, si no queréis que os burle otra vez, que se dilate la cita.

—No: basta ya de farsa.

—Sabed que si perdeis esta ocasión no sé cuando se os presentará otra.

—¿Por qué?

—Porque piensa irse á pasar una temporada al campo con su padre: va á la hacienda de Itapeby, que como sabéis, dista veinte y cinco leguas de Lima.

—¿Cómo ha llegado á tu noticia?

—¡Bah! no se habla de otra cosa en la sala.

—¡Ah! traidora.... pero no te me escaparás....

—¡Con que alerta!

—Sí, lo he jurado, exclamó el de Araure con voz sombría; ¡esta noche será mía ó mañana viuda!

Los ojos del negro se animaron con un resplandor siniestro, el marqués creyó que era de alegría, y continuó golpeándose con el bastón los faldores de la casaca:

—Aquí llevo un filtro que ha de adormecerla y arrojaria en mis brazos mas humilde y amorosa que una tórtola. Adios, pásate mañana por casa á recoger esos reales.

—Gracias, mi amo, respondió Yuca inclinándose con respeto.

Teddarra bajó la calle, enderezando el rumbo hacia el palacio de San Carlos, haciendo girar entre sus dedos su bastón de unicornio con puño de oro, rodeado de brillantes, tarareando:

¡Non, la speranza
Piú non mi alletta,
Voglio vendetta
Non chiedo amor!

El esclavo, fijo, inmóvil, clavado en el mismo sitio, le siguió con los ojos como un águila prisionera al insolente pajarillo que revolotea en torno de su jaula y la insulta con sus desentonados chillidos; ó como un tigre hiecano al atrevido rapaz, que mete un palo al través de las verjas, y le embravece y atormenta sin misericordia, aumentando la furia del animal cautivo, el muro de hierro que se opone á su venganza....

Esta última figura vale aquí lo menos, lo menos media peseta. Por lo tanto continuemos con ella el capítulo

CAPITULO IX.

La partida.

¿Saben vds., lectores míos, que es muy curioso contemplar veinte y cinco ó treinta personas agrupadas en torno de una mesa cubierta con un tapete verde entretenidas inocentemente en aliviarse mutuamente del peso de sus bolsillos? ¿Saben vds. que es un buen modo de pasar el tiempo y una diversion muy agradable, sobre todo para los que tienen la fortuna de no acertar una carta?

Pocos espectáculos habrá mas cómicos en la vida humana, y pocos casos en que la buena educación resalten mas. Entonces es preciso sonreirse y mirar con afectada indiferencia el metálico que al volver la baraja, ó al correr media docena de naipes, pasa abrupto, por medio de una brusca y gruesa transición, del parage en que se halla colocado esperando el doble, á la asesina y carnívora banca, que parece enferma de hidropesía, según la rapidez con que se tragó y absorbe cuantas monedas se encuentran á su alcance. Entonces, aunque estemos dados á una legión de Satanases y mas rabiosos que un perro atacado de hidrofobia, fuerza es mostrar el rostro placentero y responder con agrado á las indiscretas preguntas de los importunos y moscones que no juegan, á las indirectas de los impolíticos ó fatuos, que mientras ganan están muy alegres, y apenas pierden, aunque quieran ocultarlo, dejan traslucir su mal humor, cuando no su visible tristeza.

Pero nada más epigramático y jocoso, nada que dé una idea tan triste de lo que es el hombre dominado por el interés, como aquel silencio sepulcral que se sucede á veces á una conversacion animada, cuando se lee la carta que se aguarda con impaciencia. Cosa curiosa es en verdad, ver las miradas ávidas y codiciosas de los unos, el sudor que empaña la frente de los otros, los surcos amoratados que salpican el semblante de aquel, la angustia que se pinta en el de este, asi como la súbita explosion de alegría, de despecho ó mal contenido ira, que brota como un relámpago en la fisonomía de la mayor parte, sino de todos, segun la suerte les es adversa ó favorable.

Algunos ponen una cara tan lánguida y mística que los han afeitado con diáquilon: á otros se les encandilan los ojos y quieren salirse de las órbitas, cuando el tallador estienda su alevosa garra sobre su adorable peonía; cierta clase de personas de genio irascible y violento, escasas de recursos y aficionadas de vez en cuando á tentar á la fortuna, que siempre se les muestra hostil, se enfurecen tanto, que la pegan con el primero que les dice ó no los dice algo que no les agrada; otros despues de apuntar, andan cambiando de cartas sin ton ni son; á veces no apuntan luchando con sus indecisiones, y cuando está descubierto el juego, esclaman con muy mal gesto:

—Si yo iba á jugar á esa carta!.... ya se vé....

—Pues....
A algunos les acomete el flato, los calambres y las tos: no pocos pasan en breves instantes por todas las gradaciones del color, desde el blanco mate del jasmín hasta el ostro purpúreo de la granadilla y el oscuro violáceo del pensamiento; y si á muchos no les da un patatús, no debe atribuirse á otra causa que á los violentos y desesperados esfuerzos de su amor propio, herido en los mas vivo, con la dolorosa idea de ser el hazme reir de los demas.

—Y á esto llaman diversion! ¡y para esto se convidan y reunen los hombres y mugeres! ¡y á esto dan el nombre de un rato de distraccion entre amigos!... ¡lévese el diablo tales diversiones, tales distracciones y tales migos!

—¡Oh dinero! ¡dinero! en este siglo que tiene la bolsa en el corazón, ó el corazón en la bolsa, segun la bellísima frase de un ilustre escritor (1) mucho deben estimarte los hombres cuando tanto sienten tu pérdida y les alegra tanto tu adquisicion! ¡y perdíz que no van desahucados! has llegado á ser el legítimo representante de todos los gozes, y por consiguiente el mejor talisman para surcar el borrascoso piélagos de la vida, donde

Andan todos á porfia
Buscando de noche y dia
La aguja de marear (2).

Como busco yo, lectores, sin descanso, por todos los medios de que puedo disponer, la manera de retribuirte dignamente la confianza con que me honrais, y de hablar de todo menos de la cuestion principal, como hace anualmente al gobierno (de América) en el discurso de la Corona....

—Búscasen ó no la aguja de marear los convidados de don Juan, ello es que se encontraban en una situacion idéntica á la que acabo de pintar, salvo el pequeño quebrado ó diferencia que hay por lo regular entre la gente *comme il faut* y el vulgo; lo que no quiere decir que en el fondo no sintiesen las mismas impresiones que aquel, sino que sabian disimularlas y ocultarlas mejor. Nadaal, el primero que talló, llevaba perdidos dos mil duros, y bufaba; la condesa tres mil, y bramaba; su marido, que acababa de levantarse á instancias de ella, cinco mil, y relampagueaba; así los demas.

Arturo, el poeta, y especialmente don Juan, el hijo predilecto de la fortuna, eran los que hasta entonces salian gananciosos.

Para que los que estaban de mala suerte perdiesen menos, y tambien para hacer mas amena la funcion, se habian convenido en relevarse los banqueros cada media hora, sustituyéndole el que mas ganancias hubiese realizado. Despues del conde, la mayoría designó á Señalar.

—Señores, replicó el complaciente hidalgo, rompiendo el papel de una nueva baraja y preparándose á confirmar con los hechos sus palabras: vds. se empeñan en que los deje sin un maravedí, y voy á complacerlos.

—Alguna vez se ha de eclipsar vuestra estrella, señor don Juan, dijo el poeta sonriéndose, y tal vez esta noche es la destinada por la Providencia para abatirlos á las soberbias alas.

El versificador hablaba sin malicia y solo aludia al juego; pero el celoso marido encontró en sus palabras una especie de profecía y le arrojó una mirada severa y terrible, volviendo maquinalmente los ojos á su esposa, que se habia sentado entre él y la condesa.

El joven extraño semejante manifestacion, y Emirene, aun mas sorprendida, siguió observándole al desahucado, por si notaba en su semblante algun sintoma que revelara lo que pasaba en su interior.

Aquel movimiento impremeditado por poco le traicionó; una vaga sospecha cruzó al punto por la mente de su esposa, y no se desvaneció del todo, aunque no desunblarse su frente, asomar la sonrisa á sus la-

bios, y arrancar con sus chistes mas de una carcajada á los circunstantes.

—Tal vez, se dijo titubeando, sin saber á punto fijo á qué causa atribuir su enojo, tal vez tiene celos de Alzuibar: ¿tal vez habrá conocido que he llorado y adivina por instinto el peligro que le amenaza?

Tal como se lo predijo mostró el juego con don Juan; perdía una ó dos tallas insignificantes y ganaba doce de consideracion. El oro se amontonaba delante de él, y la codicia de los jugadores, excitada por su interesante y espresiva fisonomía (los bustos de las monedas, y mas si son del ruin metal que se ha encontrado ahora en las Californias, tienen no se qué de simpático, que cautiva, y deslumbra, y conmueve, y entenece, y lleva la conviccion al ánimo mas contumaz); redoblaba las paradas. ¡Inútil empeño! cuanto mayor era la cantidad mas pronto pasaba al dominio del banquero, y los perdidosos notaban con profunda pena, que la carta cargada era siempre la que se ocultaba ruborosa entre las otras, y no aparecía, acaso asustada del semblante fatidico y de las miradas anhelantes con que ellos la aguardaban. En vano los mas experimentados trataban de seguir la marcha del juego y aprovechar las ventajas que les brindaba don Juan, burlándose de sus calculos y vaticinios.

—Ea, señores, les decía, ahí tienen tres cartas: escojan... con cualquiera que salga me ganan las tres.

—Mi carta está doble, jueguen contra ella si gustan. Perdono los entreses; mas todavía, los cedo contra mí.

Al oír estas palabras, precipitábase todos creyendo desquitarse, pero ¡oh! ¡fatalidad! á pesar de tantas ventajas la pícaro suerte los dejaba colgados: al correr dos cartas, la contraria venia á comprimir su corazón con una punzada sorda y penetrante. ¡Siempre don Juan ganaba!

Loca, terca, caprichosa é injusta es la fortuna (cualidades ingénitas en el sexo femenino, segun han dicho escritores muy respetables). Cuando se empeña en burlarnos añade á estas recomendables dotes la de ser insoportable. Hay ocasiones en que si se nos presentase delante, tomando la forma humana, á pesar de su carácter de muger y doncella (no consta en la mitología que haya tomado estado), la emprenderíamos con ella á cachetes y puntapiés. ¡Maldita hembrá! ¡y cómo se mofa y rie de nosotros, y se deleita en poner á prueba nuestra paciencia!

En el juego especialmente, al ver la tenacidad con que favorece á sus predilectos, diríamos, si la categoriá, la honradez y riquezas de estos no los pudiesen á cubierto de toda sospecha, diríamos que nos robaban el dinero.

Seguia don Juan haciendo de las suyas y esquilmando lealmente á sus amigos, cuando al echar nuevas cartas, salió una voz del ancho grupo que rodeaba la mesa, y dijo:

—¡Copo!...
Volviéronse todos asombrados para mirar al guapo que se atrevia á soltar una especie de este calibre. La banca tenia mas de mil doscientas onzas á la vista y un crédito igual.

Era el marqués que habia entrado momentos antes, cuando absorvida la atencion general en una jugada bastante crecida, conlundióse entre la doble y apretada fila de espectadores que cernia á las personas sentadas en las sillas, colocándose enfrente de Emirene, sin que nadie se fijase en él hasta el instante que habló, anunciando su llegada de aquel modo verdaderamente original.

—¡Oh! mi amigo don Eduardo, exclamó el hidalgo con una sonrisa irónica, ¡vd. por aquí!...

—Y se nos viene con una embestida tan furiosa, añadió Arturo; ¡eh, chico, no seas loco, don Juan! ha hecho pacto con el diablo esta noche, y nos trata á la baqueta...

—Viene por lana y va á salir trasquilado, dijo la condesa en voz baja á Emirene.

—Este quiere armarse para su viage, replicó Nadaal en el mismo tono.

—Y dejar un recuerdo lisongero antes de abandonar á Lima, añadió el condesito dirigiéndose al poeta.

—Es un mentecato y no estrañaré que la suerte le favorezca, respondió este.

—Os advierto, mi querido Eduardo, continuó don Juan, que ademas de esto la banca tiene una deuda que equivale á otro tanto, la cual tambien es fondo.

—Copo.... ¡al caballo!.... repitió el de Araure golpeándose los dientes con el puño del baston; lo que hay en la mesa, lo que se os adeuda, y la cantidad que gustéis añadir encima.

—Sobra y basta con lo que se ha dicho, repuso don Juan volviendo la baraja.

—Esperad, dijo Nadaal haciéndole una seña para que no corriese las cartas. ¿Queréis llevarme diez onzas, señor marqués?

—Bien.

—En contra, cuatro, diez, veinte, cuarenta, cien.... repitieron á una, la de Abancay, su marido, el poeta, y ocho ó diez personas mas.

—¡Pago! respondió el marqués sin volver la cabeza con un aire de indiferencia y un tono tan resuelto y natural, que excitó las simpatías y promovió un susurro de aprobacion entre los circunstantes.

Todo lo que sale del órden comun, deslumbra y despierta la admiracion de los que no son capaces de hacer otro tanto. En el bien ó el mal, lo que se eleva sobre lo vulgar engendra naturalmente el entusiasmo, aunque la razon y el buen parecer repueben muchas

acciones que el corazón aplaude involuntariamente. Por eso los calaveras del temple de los que pintó Larra con su gracia inimitable: los famosos criminales, los aventureros célebres como Quiroga (1) y Cabrera: las culpables que olvidan sus deberes por una pasion como la de la interesante La Valliere y se sacrifican á ella: los que abrigan, aunque impuro, un amor parecido al del fundador de la Trappa; preocupan tan fuertemente nuestra imaginacion como los grandes generales, oradores, poetas, escritores y artistas célebres. Las mugeres, que á este respecto valen mil veces mas que vosotros, lectores (y perdonad la franqueza que otro dia será mayor) así lo demuestran á cada paso. La vida de Alcibiades, Lauzun, Poniatowski, Bolívar, Byron, Rossini, y tantos otros que conocéis tan bien como yo, no fué mas que una larga cadena de triunfos amorosos, debidos casi todos al prestigio de su nombre y al entusiasmo que sabian inspirar con sus hechos ó sus escritos. La imaginacion infantil y apasionada del bello sexo, mas susceptible de impresiones nobles y generosas que la nuestra, se enciende con una facilidad maravillosa al menor choque que hiere su sensibilidad. Entonces no reflexionan, se dejan arrastrar del sentimiento, y en un raptó de exaltacion á que muger no le agradaría ver reclinada en su regazo una frente caída de laureles como la de Bonaparte, Calderon, Maiquez, ó el sublime cantor de la Divina Comedia?

El marqués que habia hecho un estudio muy detenido de ellas, sabia por experiencia hasta donde las arrastra á veces esa aficcion invencible á lo extraordinario, á lo nuevo, á lo que se diferencia de lo que ya cono en, á lo que halaga y responde á sus instintos de vanidad, ostentacion y desprendimiento, y aprovechaba con avidez las ocasiones de acreditarse y aumentar su popularidad y renombre con un nuevo rasgo característico y digno de él, aunque fuese marchando sobre abrojos y espinas, aunque comprometiese su fortuna ó espusiese su vida, pues no ignoraba, como no ignoran los que ignoran el francés, que

Aucun chemin de fleurs ne conduit á la gloire.

Su arrogante envite produjo el efecto apetecido; hombres y mugeres, si no aprobaron su conducta, hubieran dado cualquier cosa por encontrarse en su lugar.

—¿Nada mas juega, señores? preguntó don Juan, preparándose á correr la baraja.

Todos permanecieron en silencio, fijos los ojos en ella.

Aquel silencio se hizo cada vez mas profundo; oíase la respiracion de cada uno, y se habria percibido el vuelo de una mosca.

El juego tardó en decidirse mas de lo regular, y tardó mas, porque á medida que salian algunas cartas se cruzaban varias apuestas, y el hidalgo con su amabilidad habitual ponía la baraja boca abajo sobre la mesa, y esperaba á que se conviniesen, dando y recibiendo entretanto algunas pullas de los que perdian y de los que ganaban.

Contra todas las probabilidades y la creencia general, la suerte le abandonó en el momento mas crítico, como nos abandonan los amigos cuando mas falta nos hacen, como nos despide ó nos engaña una querida cuando su afecto no era mas necesario, como se nos amengua el aura vital que sostiene nuestra existencia, y nos encontramos llenos de canas, desengaños y enfermedades, cuando empezamos á saber algo y debiéramos tener doble vigor, salud y alegría para gozar de la vida.

El caballo de espadas dejó á todos confundidos.

Siempre las espadas han servido para cometer tropelías de todo género, como seres inanimados, míseros instrumentos de opresion ó libertad que pone en juego una voluntad estraña, y en cuanto al caballo, cuadrúpedo habia de ser para no conducirse como tal. Al fin animal, y los animales no tienen la culpa del daño que hacen, sino el necio que se mete en dimes y diretes con ellos. Quien entre en discusion, confia en la palabra ó provoca la saña de un ente irracional, de una bestia, ¿que otra cosa puede esperar que cozes y relinchos?....

—Si lo dije, don Juan, repuso el copleto, medio resentido por aquella mirada brusca que le arrojó antes, vuestra estrella empieza á eclipsarse.

—Sea en buen hora, contestó el castellano, así podreis componerme una elegía en octavas reales.

—En *silva* (1) será mejor, replicó Arturo, cuya cabeza no estaba del todo despejada.

—No necesita vd. pedirla, porque ya la tiene encima, contestóle Emirene con mucha oportunidad, saliendo á la defensa de su marido.

Arturo se sonrió, soltó un ¡ya! muy significativo; pasóse dos veces la mano por la ensortijada melena, y volviéndose al marqués le dijo con petulancia:

—Y bien, chico, ¿en qué quedamos? me pagas ó no las doscientas onzas. Te vas mañana y...

—Todavía no ha dado la media noche, respondió Tedarra con frialdad.

(1) El general don Juan Facundo Quiroga, llamado con razon el tigre de los llanos. Mi excelente amigo, el distinguido literato argentino don Domingo Sarmiento, ha escrito su vida. Uno de los pocos libros originales que posee la naciente literatura americana.

(2) Endecasílabos alternados con versos de siete y ocho sílabas.

(1) Fray Gerónimo—Teatro Social.
(2) Quevedo.

—¡Hola! tenemos apuesta, exclamó la condesa, veámos....

—Poco vale, contestó Arturo, hace un año....

—Me haces el favor de callarte, replicó el marqués interrumpiéndole con una mirada amenazadora.

—Hombre no te acalores,—contestó el imprudente doncel, prevenido por aquella espresiva mirada,—iba á referir el hecho sin especificar personas....

—Vuelvo á suplicarte que te calles, repitió el de Araure levantando la voz.

Arturo se puso de pie tal vez resuelto á pedirle satisfaccion de aquel ultrage.

—Haya paz, señores, nada de riñas, repitieron los convidados interponiéndose entre ellos.

—El champagne se le ha subido á la cabeza, dijo el condesito al marqués; no haga vd. caso.

Don Juan observó esta rápida escena y desconfió que aquella singular apuesta se referia á su esposa: su indignacion subió de punto con semejante sospecha; pero su semblante se conservó impassible, y con su acostumbrada afabilidad dijo á los dos calaveras:

—Amigos míos, han venido vds. á reñir ó á divertirse? vamos, no se hable mas de eso. Consideren que hoy es mi cumpleaños. Ea, dense las manos y olvidése todo.

Las señoras interredieron y ante su poderoso mandato, Arturo que se preciaba de galante, tendió la mano á su amigo.

—Señores, continuó don Juan, la banca ha tronado, y para no faltar á lo convenido dejo libre la silla presidencial al que deba reemplazarme. No soy ambicioso de altos puestos; abdicó mi elevado carácter en el primero que se presente.

—El marqués gana... el marqués debe tallar, murmuraron algunas señoras y caballeros.

—Con mil amores, contestó el de Araure, pero os advierto, y echó una significativa mirada á Emirene; os advierto que un negocio urgentísimo é indispensable me obliga á retirarme á media noche. Y antes que se me olvide, don Juan, necesito hablaros sobre este mismo asunto. Tened la bondad de recordármelo si á mí se me pasa.

—Tambien tengo yo que entregaros algunas cartas para Venezuela, y los papeles de que os hablé.

Una palidez mortal se difundió por el rostro de Emirene: parecióle que la arrojaban un cubo de agua helada por la espalda. Conoció al punto el objeto con que citaba á su marido, y como le creia capaz de todo, en la imposibilidad de manifestarle que estaba dispuesta á complacerle, paralizandole así los efectos de su venganza que empezaba á realizar, tal como se la anunciara en el pabellon, temió que hiciera un desatino y la comprometiese inútilmente.

Este temor la prestó aliento para vencer la indomable repugnancia que sentia de dirigirle otra vez la palabra y rendirse á discrecion. Como las siete espadas que atravesaban el corazon de Maria, tenia ella clavadas en el suyo las cien desgarradoras palabras de su insolente epistola.

Quería hablar con él, quería indicarle de algun modo satisfactorio y explicito su voluntad, y la voz se le anudaba en la garganta: al fin su natural ingenio vino en su ayuda, y empezó entre los dos un fuego granado de preguntas y respuestas, proposiciones y negativas que ellos no mas entendian; especie de lenguaje masónico que se aprende sin maestro, en el que los ojos, la inflexion del acento, la espresion del semblante, y la segunda intencion *l'arrière pensée* envuelta en las palabras, les da un valor que no tienen, cambia su significado y suple á lo que no se quiere ó no se puede decir. Circunstancia notabilísima que no han tenido presente los ilustrados autores del Diccionario de la lengua; razon por la cual dicho Diccionario no sirve para los cómicos ni para los diplomáticos, dos clases de pájaros que para volar, necesitan poseer en el mas alto grado el arte de las muecas, gestos y conjeturas, á fin de suplir dignamente las faltas ó omisiones de los escritores ó reyes que representen, y mentir á cada momento, disfrazando sus verdaderos sentimientos tras una máscara á propósito para el rol que desempeñen, ya en el teatro de la política, ya en el humilde retablo de un coliseo.

—¿Con que se nos va vd.? dijo Emirene con amistoso interés ¿cuánto le vamos á echar de menos!

—Por no daros un disgusto tan grande, estoy tentado de quedarme.... y puede ser que así suceda, contestó el interplorado con rostro muy placentero; con lo cual queria significar que si no acudia ella á la cita no pensaba en alejarse de Lima.

—¡Oh! es muy galante el marqués, y seria capaz de eso y mucho mas, repuso la de Abancay.

—Qué quiere vd., cuando se nos trata con tanta deferencia y aprecio, justo es corresponder á ellos: yo acostumbré siempre pagar con la misma moneda. Lo que equivale á decir: Emirene te has burlado de mí y me has engañado: ahora tomo la rebancha; prepárate á recibirlo que te corresponde.

—Aunque no puedo menos de daros las gracias por vuestra amabilidad, contestó la esposa de don Juan, no ignoro los graves motivos que os llaman á vuestro país, y aun dado el caso que un capricho mio fuese bastante poderoso para haceros variar de resolucion, nunca abusaria de vuestra amistad hasta el estremo de pedir nada que se opusiera á vuestros conocidos deseos.

Esto traducido en su dialecto convencional significaba.

—Quiero que vd. se mande mudar de una vez, no

á Venezuela, sino á los infernos, y estoy pronta á despedirle el *avequatur* que me exige, con tal que me deje en paz y no vuelva á importunarme en su vida.

El de Araure no creyó conveniente darse por entendido aun, y su irónica sonrisa y el tono con que añadió:

—A propósito; ya que hablamos de viajes, me han dicho pensais iros una temporada al campo.... demostraron á su victima que no estaba dispuesto á cederla sobre su palabra.

—Caprichos de niña mimada, replicó la condesa.

—Si, mi padre no goza buena salud, y deseo hacer una escursion con él y mi tia, que me lo está suplican-

do continuamente, y bien sabéis, amigo mio, que á veces, aunque una no quiera tiene que ceder ante ciertas consideraciones.

El marqués erre que erre, con el aspecto mas glacial é indiferente presentó la baraja á Emirene para que cortase y echó las cartas.

—Veámos, repuso ella cada vez mas mortificada de ver su estudiada estupidez, arrojando una media onza sobre una sota de copas, veámos si me tratis con tanta crueldad como á mi marido.

—No doy cuartel! fué la lacónica y espresiva respuesta de Tedarra.

(Se continuara.)

TIPOS DE MADRID.



La orquesta al aire libre.

MOSAICO.

ESPOSICION DE PINTURAS.

En los últimos dias de esposicion fueron presentadas al público algunas pinturas nuevas, ademas de las que hemos citado en los anteriores números. Las hay bastante buenas, y entre ellas sobresalen por cierto tres hermosos cuadros del jóven artista don Fernando Garrido. El uno representa un baile andaluz, y los otros dos paisajes. El primero es una composicion original, en la que no puede ser mas nacional el carácter de las figuras; el colorido, sin que pertenezca á la exagerada escuela sevillana de nuestros dias, es agradable sobre todo en el fondo, cuyo reposo y suavidad de tintas se asemeja mucho al de la escuela flamenca.

Los dos paisajes, si pobres de figuras y de asuntos, ricos de tintas de luz y de reposo, son un verdadero adelanto de este artista y escritor, que no abandona el estudio, á pesar de hallarse preso en la cárcel hace tres meses, por la condena de su último folleto «Defensa del socialismo.» Nadie puede menos de sentir esta desgracia del señor Garrido.

Aunque entre los demas últimos cuadros que vemos hay alguno regular, no nos detendremos á hacer de él una particular mencion.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 14 de octubre.—Año de 1811. Los españoles toman á Velpuig.—1813. Se trasladan las cortes de Cádiz á San Fernando.—1837. Defensa de Amposta.

DIA 15.—1812. Accion de Mañerú.—1816. Accion y retirada del gefe enemigo PaJilla á la Laguna (América).

DIA 16.—1813. Accion de Santa Eulalia.

DIA 17.—1811. Accion de Ayerbe.

DIA 18.—1837. Repasan el Ebro las fuerzas de Zaratigui y don Carlos.—1838. Defensa de Caspe.

DIA 19.—1899. Batalla de Tamames.—1835. Defensa de Oviedo.

DIA 20.—1809. Accion de Bruñolas.— 1833. Real decreto estableciendo en Madrid un cuartel general de Inválidos.

NUPIAS DE ORO Y DE PLATA. En Holanda despues de veinte y cinco años de matrimonio, los consortes tienen la costumbre de dar una comida, á la cual invitan á todos sus conocidos. Esta fiesta se designa bajo el nombre de *nupcia de plata*. Otra fiesta semejante, celebrada despues de cincuenta años de matrimonio se llama *nupcia de oro*.

No es una gran ventaja tener un talento vivo sino es exacto. La perfeccion de una péndola no consiste en que ande con rapidez, sino con regularidad.

La atencion del talento es la súplica natural que hacemos á la verdad interior para que se descubra nosotros.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.